

CARTAS DEL NUEVO MUNDO

CRISTOBAL COLON - AMERICO VESPUCIO - PERO LOPES DE SOUSA



Colón - Vespucio - Lopes de Sousa

CARTAS DEL NUEVO MUNDO

Introducción

Cartas, noticias, informes del Nuevo Mundo, hubo centenares. Todos en Europa querían hacerse de nuevas sobre un continente que acababa de emerger de las aguas, entero, poblado de árboles, animales, y seres humanos, ciudades, armas y dioses, y que era distinto, exótico, rico, incomprensible. De esa avalancha de literatura de viajes, están aquí tres ejemplos magnos.

1. El Diario *de Cristóbal Colón, en los días del descubrimiento de América, utilizando la versión que del mismo proporcionara Fray Bartolomé de Las Casas en su historia.*

2. De Américo Vespucio la muy famosa carta al príncipe florentino, la Lettera di Amerigo Vespucci delle isole nuovamente trovate in quattro suoi viaggi *donde cuenta sus periplos americanos, entre ellos el que lo llevó a reconocer el Río de la Plata y la costa patagónica, justificando que fuera su nombre el que designara para siempre al continente recién descubierto, que América fuera "la bien llamada" como dijera Levillier. Utilizamos aquí la traducción del original italiano que hiciera la prof. Ana María R. de Aznar: (Américo Vespucio* El Nuevo Mundo, *Buenos Aires, 1951).*

Si uno fue el descubridor, otro fue el reconocedor y el que dio nombre al nuevo continente. Pero dentro de él numerosos y variados son los exploradores particulares. En el Río de la Plata, Solís, Magallanes, Gaboto, pusieron sus nombres sobre la ineditez de estas regiones. Pero el relato más sabroso de las riberas del Mar Dulce habrá que esperar a 1531 para alcanzarlo, cuando Pero Lopes de Sousa redacte pacientemente su diario de a bordo.

3. Unos veinte años tendría el hidalgo portugués Pero Lopes de Sousa cuando su hermano Martín Alfonso, que comandaba la expedición que en 1531 envió Portugal al Plata, le encomendó que navegara río de la Plata adentro en un pequeño barco con treinta hombres.

Dejando a su hermano mayor en la bahía de Maldonado, Pero Lopes de Sousa recorrió el litoral del futuro Uruguay hasta el río Paraná y en su Diario de navegación *anotó minuciosamente los incidentes del viaje. Es una de las primeras visiones europeas del paisaje costero uruguayo; es una preciosa información sobre las tribus charrúas que lo acogieron con llantos y con regocijo; es un material de primera mano sobre las navegaciones del XVI en una insegura barca sobre aguas desconocidas, en un remedo moderno de los viajes odiseicos.*

Utilizamos la traducción del coronel Rolando Laguarda Trías y, en forma abreviada entre paréntesis, los datos de sus documentadas notas de identificación (Horacio Arredondo Viajeros visitantes del Uruguay, *Montevideo, 1958).*

Cristóbal Colón

Diario del Descubrimiento



Este es el primer viaje, y las derrotas y caminos que hizo el Almirante don Cristóbal Colón cuando descubrió las Indias, puesto sumariamente, sin el prólogo que hizo a los Reyes, que va a la letra y comienza de esta manera:

In nomine Domini Nostri Jhesu Chripsti

Porque, cristianísimos y muy altos, y muy excelentes, y muy poderosos Príncipes, Rey y Reina de las Españas y de las islas de la mar, Nuestros Señores, este presente año de 1492, después de Vuestras Altezas haber dado fin a la guerra de los moros que reinaban en Europa, y haber acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada, donde en este presente año, a dos días del mes de enero, por la fuerza de las armas, vi poner las banderas reales de Vuestras Altezas en las torres de la Alhambra, que es la fortaleza de dicha ciudad, y vi salir al rey moro a las puertas de la ciudad y besar las reales manos de Vuestras Altezas y del Príncipe mi Señor, y luego, en aquel presente mes por la información que yo había dado a Vuestras Altezas de las tierras de Indias, y de un Príncipe que es llamado Gran Khan, que quiere decir en nuestro romance Rey de los Reyes, como muchas veces él y sus antecesores habían enviado a Roma a pedir doctores en nuestra santa fe, porque le enseñasen en ella, y que nunca el Santo Padre le había proveído, y se perdían tantos pueblos creyendo en idolatrías, y recibiendo en sí sectas de perdición; y Vuestras Altezas, como católicos cristianos y Príncipes amadores de la santa fe cristiana y acrecentadores de ella, y enemigos de la secta de

Mahoma y de todas idolatrías y herejías pensaron de enviarme a mí, Cristóbal Colón a las dichas partidas de Indias para ver los dichos Príncipes, y los pueblos y las tierras y la disposición de todo y de ellas, y la manera que se pudiera tener para la conversión de ellas a nuestra santa fe; y ordenaron que yo no fuese por tierra al oriente, por donde se acostumbra de andar, sino por el camino de occidente, por donde hasta hoy no sabemos por cierta fe que haya pasado nadie. Así que después de haber echado fuera todos los judíos de vuestros reinos y señoríos, en el mismo mes de enero, mandaron Vuestras Altezas a mí que con armada suficiente me fuese a las dichas partidas de Indias; y para ello me hicieron grandes mercedes, y me ennoblecieron que en adelante yo me llamase Don, y fuese Almirante mayor de la mar océana, y Virrey y Gobernador perpetuo de todas las islas y tierra firme que yo descubriese y ganase, y de aquí en adelante se descubriesen y ganasen en la mar océana, y así sucediese mi hijo mayor, y el así de grado en grado para siempre jamás; y partí yo de la ciudad de Granada a doce días del mes de mayo del mismo año de 1492, en sábado, y vine a la villa de Palos, que es puerto de mar, donde yo armé tres navíos muy aptos para semejante hecho, y partí del dicho puerto muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de la mar, a tres días del mes de agosto del dicho año en un viernes, antes de la salida del sol con media hora, y llevé el camino de las islas de Canaria de Vuestras Altezas, que están en la dicha mar océana, para de allí tomar mi derrota, y navegar tanto que yo llegase a las Indias, y dar la embajada de Vuestras Altezas a aquellos príncipes y cumplir lo que así me habían mandado; y para esto pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente de día en día todo lo que yo hiciese y viese y pasase como adelante se verá. También, Señores Príncipes, además de escribir cada noche lo que aquel día pasare, y el día lo que en la noche navegare, tengo propósito de hacer carta nueva de navegar, en la cual situaré toda la mar y tierras del mar océano en sus propios lugares bajo su viento; y más, componer un libro, y poner todo por él semejante por pintura, por latitud del equinoccial y longitud del occidente, y sobre todo cumple mucho que yo olvide el sueño y tiene mucho el navegar porque así cumple, las cuales serán gran trabajo.

VIERNES 3 DE AGOSTO

Partimos viernes 3 días de agosto de 1492 años, de la barra de Saltes, a las ocho horas; anduvimos con fuerte virazón hasta el poner del sol hacia el sur sesenta millas, que son 15 leguas; después al suroeste y al sur cuarto suroeste, que era el camino para las Canarias.

. . . . . .

LUNES 8 DE OCTUBRE

Navegó al oeste suroeste, y andarían, entre día y noche, once leguas y media, o doce, y a ratos parece que anduvieron en la noche quince millas por hora, si no está mentirosa la letra. Tuvieron la mar como el río de Sevilla. "Gracias a Dios", dice el Almirante, "los aires muy dulces como abril en Sevilla, que es placer estar a ellos, tan olorosos son". Pareció la yerba muy fresca, muchos pajaritos del campo —y tomaron uno— que iban huyendo al suroeste, grajos y ánades, y un alcatraz.

MARTES 9 DE OCTUBRE

Navegó al suroeste; anduvo cinco leguas. Mudóse el viento, y corrió al oeste, cuarta al noroeste, y anduvo 4 leguas; después, con todas, 11 leguas al día, y a la noche 20 leguas y media; contó a la gente 17 leguas. Toda la noche oyeron pasar pájaros.

MIERCOLES 10 DE OCTUBRE

Navegó al oeste suroeste; anduvieron a 10 millas por hora, y a ratos doce, y algún rato a 7, y, entre día y noche, 59 leguas; contó a la gente 44 leguas, no más. Aquí la gente no lo podía ya sufrir, quejábanse del largo viaje; pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo, dándoles buenas esperanzas de los provechos que podían haber, y añadía que por demás era quejarse, pues que él había venido a las Indias, y que así lo habría de proseguir hasta hallarlas con la ayuda de Nuestro Señor.

JUEVES 11 DE OCTUBRE

Navegó al oeste suroeste; tuvieron mucha mar (es decir, mar borrascoso), más que en todo el viaje habían tenido. Vieron pardelas (aves acuáticas parecidas a las gaviotas) y un junco verde junto a la nave. Vieron los de la carabela Pinta una caña y un palo, y tomaron otro palillo labrado, a lo que parecía, con hierro, y un pedazo de caña, y otra yerba que nace en tierra y una tablilla. Los de la carabela Niña también vieron otras señales de tierra, y una palillo cargado de escaramujos. Con estas señales respiraron y alegráronse todos. Anduvieron en este día, hasta ponerse el sol, 27 leguas.

Después de puesto el sol, navegó a su primer camino al oeste; andarían doce millas cada hora, y hasta dos horas después de la media noche andarían 90 millas, que son 22 leguas y media; y porque la carabela Pinta era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra, e hizo las señales que el Almirante había mandado. Esta tierra la vio primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana, puesto que el Almirante a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vio una lumbre, aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó a Pedro Gutiérrez, repostero de estrado del Rey (persona que tenía a su cuidado la tarima o estrado alfombrado donde se colocaba el trono real) y díjole que parecía lumbre, que mirase él, y así lo hizo, y vióla; díjolo también a Rodrigo Sánchez de Segovia, a quien el Rey y la Reina enviaban por veedor, el cual no vio nada, porque no estaba en lugar donde la pudiese ver. Después que el Almirante lo dijo, se vio una vez o dos, y era como una candelilla de cera, que se alzaba y levantaba; lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra; pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra, por lo cual, cuando dijeron la Salve, que la acostumbraban decir y cantar a su manera todos los marineros, y se hallan todos, rogó y amonestólos el Almirante que hiciesen buena guarda al castillo de proa, y mirasen bien por la tierra, y que al que le dijese primero que veía tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los Reyes habían prometido, que eran diez mil maravedíes a quien primero la viese. A las dos horas después de la media noche, apareció la tierra, de la cual estarían a dos leguas. Amainaron todas las velas, y quedaron con el treo, que es la vela grande sin bonetas (paño que se añade a algunas velas para aumentar su tamaño), y pusiéronse al pairo hasta el día viernes, que llegaron a la isleta de los Lucayos, que se llamaba en la lengua

de los indios *Guanahaní* (en la actualidad, según Morison, la isla de Watlings). Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzón, y Vicente Yáñez, su hermano, que era capitán de la Niña. Sacó el Almirante la bandera real, y los capitanes con dos banderas de la cruz verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una "f" y una "y", encima de cada letra su corona, una de un cabo de la ✠, y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes, y aguas muchas, y frutas de muy diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a Rodrigo de Escobedo, escribano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio como él por ante todos tomaba, y de hecho tomó, posesión de la dicha isla, por el Rey y por la Reina, sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escrito. Luego se juntó allí mucha gente de la isla. Esto que se sigue son palabras formales del Almirante, en su libro de su primera navegación y descubrimiento de estas Indias. "Yo, dice él, porque nos tuvimos mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra santa fe con amor que no con fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio, que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor, con las que hubieron mucho placer, y quedaron tanto nuestros, que era maravilla. Los cuales venían, después, a las barcas de los navíos donde estábamos, nadando, y nos traían papagayos e hilo de algodón en ovillos, y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban, y daban de aquello que tenían, de buena voluntad; más me pareció que era gente pobre de todo. Ellos andaban todos desnudos, como su madre los parió; y también las mujeres, aunque no vi más que una, harto moza. Y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vi de edad de más de treinta años, muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras; los cabellos gruesos, casi como sedas de colas de caballos, y cortos; los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos cabellos detrás, que traen largos, que jamás cortan. Algunos se pintan de negro, y algunos son de la color de los Canarios, ni negros ni blancos, y algunos se pintan de blanco, y algunos de colorado, y algunos de lo que hallen; y algunos se pintan las caras, y algunos todo el cuerpo, y algunos sólo los ojos, y algunos sólo la nariz. Ellos no traen armas, ni las conocen, porque les mostré espadas, y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen ningún hierro. Sus azagayas son unas varas sin hierro y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pez, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y de buenos gestos, bien hechos.

Yo vi algunos que tenían señales de heridas en los cuerpos, y les hice señas de qué era aquello, y ellos me mostraron como allí venían gentes de otras islas, que estaban cerca, y les querían tomar, y se defendían. Y yo creí y creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy pronto dicen todo lo que les decía; y creo que ligeramente (rápidamente), se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí, al tiempo de mi partida, seis a Vuestras Altezas, para que aprendan a hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vi, salvo papagayos, en esta isla". Todas son palabras del Almirante.

SABADO 13 DE OCTUBRE

"Luego que amaneció vinieron a la playa muchos de estos hombres, todos mancebos, como dicho tengo, y todos de buena estatura, gente muy hermosa. Los cabellos no crespos, sino lacios y gruesos como sedas de caballos; y todos de la frente y cabeza muy ancha, más que otra generación que hasta aquí haya visto, y los ojos muy hermosos y no pequeños, y ellos ninguno negro, salvo de la color de los Canarios, ni se debe esperar otra cosa, pues está al este-oeste con la isla del Hierro en Canaria, bajo una línea. Las piernas muy derechas, todos a una mano, y no barriga, sino muy bien hecha. Ellos vinieron a la nave con almadías, que son hechas del pie de un árbol, como un barco largo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla, según la tierra, y grandes, en que en algunas venían 40 y 45 hombres, y otras más pequeñas hasta haber algunas en que venía un sólo hombre. Remaban con una pala como de hornero, y anda a maravilla, y, si se le trastorna, luego se echan todos a nadar y la enderezan, y vacían con calabazas que traen ellos. Traían ovillos de algodón hilado, y papagayos, y azagayas, y otras cositas que sería tedio escribir, y todo daban por cualquier cosa que se les diese. Y yo estaba atento, y trataba de saber si había oro, y vi que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado de un agujero que tienen a la nariz; y por señas pude entender que, yendo al sur, o volviendo a la isla por el sur, que estaba allí un rey, que tenía grandes vasos de ello y tenía muy mucho. Traté que fuesen allá, y después vi que no entendían en la ida. Determiné de aguardar hasta mañana en la tarde, y después partir para el suroeste, que, según muchos de ellos me enseñaron, decían que había tierra al sur, y al suroeste, y al noroeste, y que del noroeste les venían a combatir muchas veces, y así ir la suroeste, a buscar el oro y las piedras preciosas.

Esta isla es bien grande, y muy llana, y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer mirarla, y esta gente harto mansa; y por la gana de tener de nuestras cosas, y habiendo que no se les ha de dar sin que den algo, y no lo tienen, toman lo que pueden, y se echan luego a nadar. Mas todo lo que tienen lo dan por cualquier cosa que les den, que hasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio rotas rescataban (trocaban), hasta que vi dar 16 ovillos de algodón por tres ceotis (moneda de Ceuta que se utilizaba en Portugal) que es una blanca de Castilla (en esa época, una blanca equivalía a medio maravedí), y en ellos habría más de una arroba de algodón hilado. Esto defendiera y no dejara tomar a nadie, salvo que yo lo mandara tomar todo para Vuestras Altezas, si hubiera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe; y también aquí nace el oro que traen colgado a la nariz. Mas para no perder tiempo quiero ir a ver si puedo topar con la isla de Cipango (Japón). Ahora, como fue de noche, todos se fueron a tierra con sus almadías".

DOMINGO 14 DE OCTUBRE

"En amaneciendo mandé enderezar el esquife de la nave y las barcas de las carabelas, y fui a lo largo de la isla, en el camino del nornoreste, para ver la otra parte, que era de la parte del este, que había, y también para ver las poblaciones; y vi luego dos o tres, y la gente que venían todos a la playa, llamándonos y dando gracias a Dios. Los unos nos traían agua, otros otras cosas de comer; otros, cuando veían que yo no curaba de ir a tierra, se echaban a la mar

nadando, y venían, y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del cielo. Y vino uno viejo en el esquife dentro, y otros a voces grandes llamaban todos, hombres y mujeres, "venid a ver a los hombres que vinieron del cielo, traedles de comer y de beber". Vinieron muchos y muchas mujeres, cada uno con algo, dando gracias a Dios, echándose al suelo, y levantaban las manos al cielo, y después a voces nos llamaban que fuésemos a tierra; mas yo temía de ver una grande restinga de piedras que cerca toda aquella isla alrededor, y entremedias queda hondo y puerto para cuantas naves hay en toda la cristiandad, y la entrada de ello muy angosta. Es verdad que dentro de esta cinta hay algunos bajíos, mas la mar no se mueve más que dentro de un pozo. Y para ver todo esto, me moví esta mañana, porque supiese dar de todo relación a Vuestras Altezas, y también a dónde pudiera hacer fortaleza, y vi un pedazo de tierra que se hace como isla, aunque no lo es, en el que había seis casas, el cual se pudiera atacar en dos días por isla, aunque yo no veo ser necesario, porque esta gente es muy simple en armas, como verán Vuestras Altezas de siete que yo hice tomar para los llevar, y aprender nuestra lengua y volverlos, salvo que Vuestras Altezas, cuando mandaren, puédenlos todos llevar a Castilla, o tenerlos en la misma isla cautivos, porque con cincuenta hombres los tendrían a todos sojuzgados y les harán hacer todo lo que quisieren. Y después, junto con la dicha isleta están huertas de árboles las más hermosas que yo vi, y son tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril y de mayo, y mucha agua. Yo miré todo aquel puerto y me volví después a la nave, y di la vela, y vi tantas islas que yo no sabía determinarme a cuál iría primero; y aquellos hombres, que yo había tomado, me decían por señas que eran tantas y tantas que no había número, y nombraron por su nombre más de ciento. Por ende yo miré por la más grande, y aquella determiné andar, y así hago, y será lejos de esta de San Salvador cinco leguas, y las otras, algunas más, algunas menos. Todas son muy llanas, sin montañas, y muy fértiles, y todas pobladas, y se hacen guerra la una a la otra, aunque éstos son muy simples y muy lindos cuerpos de hombres".

LUNES 15 DE OCTUBRE

"Había mantenido al pairo esta noche, con temor de no llegar a tierra a fondear antes de la mañana, por no saber si la costa era limpia de bajíos y, en amaneciendo, cargar velas (recogerlas). Y como la isla estuviese más lejos de cinco leguas, antes sea siete, y la marea me detuvo, sería medio día cuando llegué a dicha isla, y hallé que aquella faz, que es de la parte de la isla de San Salvador, se corre norte-sur, y han en ella cinco leguas, y la otra, que yo seguí, se corría de este-oeste, y han en ella más de diez leguas. Y como de esta isla vi otra mayor al oeste, cargué las velas por andar todo aquel día hasta la noche, porque aún no pudiera haber andado al cabo del oeste, a la cual puse nombre la isla de Santa María de la Concepción, y casi al caer el sol, anclé cerca de dicho cabo, por saber si había allí oro, porque éstos que yo había hecho tomar en la isla de San Salvador me decían que allí traían manillas de oro muy grandes a las piernas y a los brazos. Yo bien creí que todo lo que decían era burla para fugarse. Con todo, mi voluntad era de no pasar por ninguna isla que no tomase posesión, puesto que, tomado de una, se puede decir de todas; y fondeé, y estuve hasta hoy martes, en que amaneciendo, fui a tierra con las barcas armadas, y salí, y ellos, que eran muchos, así desnudos y de la misma condición de la otra isla de San Salvador, nos dejaron ir por la isla, y nos

daban lo que les pedía. Y porque el viento cargaba a la traviesa (soplaba de través al barco) sureste, no me quise detener, y partí para la nave; y una almadía grande estaba a bordo de la carabela Niña, y uno de los hombres de la isla de San Salvador, que en ella estaba, se echó a la mar, y se fue en ella, y la noche de antes, a medio echado el otro [...] y fue atrás la almadía, la cual huyó que jamás fue barca que la pudiese alcanzar, aunque le teníamos gran ventaja. Con todo, dio en tierra, y dejaron la almadía y alguno de los de mi compañía salieron en tierra, tras ellos, y todos fugaron como gallinas; y la almadía que habían dejado la llevamos a bordo de la carabela Niña, donde ya de otro cabo venía otra almadía pequeña con un hombre que venía a rescatar un ovillo de algodón; y se echaron algunos marineros a la mar, porque él no quería entrar en la carabela, y le tomaron. Y yo, que estaba en la popa de la nave, que vi todo, envié por él, y le di un bonete colorado y unas cuentas de vidrio verdes, pequeñas, que le puse al brazo, y dos cascabeles, que le puse a las orejas, y le mandé devolver su almadía, que también tenía en la barca, y le envié a tierra. Y di luego la vela para ir a la otra isla grande que yo veía al oeste, y mandé largar también la otra almadía que traía la carabela Niña por popa, y vi después en tierra, al tiempo de la llegada del otro, a quien yo había dado las cosas susodichas, y no le había querido tomar el ovillo de algodón, puesto que él me lo quería dar, y todos los otros se llegaron a él, y tenía a gran maravilla, y le pareció que éramos buena gente, y que el otro que se había fugado nos había hecho algún daño, y que por esto lo llevábamos; y a esta razón usé esto con él de mandarle largarse, y le di las dichas cosas, por que nos tuviesen en estima; porque otra vez, cuando Vuestras Altezas tornen aquí a enviar, no hagan mala compañía; y todo lo que yo le di no valía cuatro maravedís. Y así partí que serían las diez horas, con el viento sureste, y tocaba de sur para pasar a esta otra isla, la cual es grandísima, y adonde todos estos hombres que yo traigo de San Salvador hacen señas que hay muy mucho oro, y que lo traen en los brazos en manillas, y a las piernas, y a las orejas, y a la nariz, y al pescuezo; y había de esta isla de Santa María a esta otra nueve leguas este-oeste, y se corre toda esta parte de la isla noroeste-sureste, y se parece que bien habría en esta costa más de veintiocho leguas en esta faz, ya muy llana, sin montaña alguna, así como aquella de San Salvador y de Santa María, y todas playas sin rocas, salvo que a todas hay algunas peñas, cerca de tierra, debajo del agua, por lo que es menester abrir el ojo, cuando se quiere fondear, y no anclar muy cerca de tierra, aunque las aguas son siempre muy claras, y se ve el fondo. Y, desviado de tierra dos tiros de bombarda, hay en todas estas islas tanto fondo que no se puede llegar a él. Son estas islas muy verdes y fértiles, y de aires muy dulces, y puede haber muchas cosas, que yo no sé, porque no me quiero detener, por explorar y andar muchas islas, para hallar oro. Y pues éstas dan así estas señas que lo traen a los brazos y a las piernas, y es oro, porque les mostré algunos pedazos de él que yo tengo, no puedo errar, con la ayuda de Nuestro Señor, que yo no le halle donde nace. Y estando a medio golfo de estas dos islas, es de saber de aquella de Santa María, y de esta grande, a la que pongo nombre la Fernandina, hallé un hombre solo en una almadía, que se pasaba de la Isla de Santa María a la Fernandina, y traía un poco de su pan, que sería tanto como el puño, y una calabaza de agua, y un pedazo de tierra bermeja, hecha en polvo y después amasada (posiblemente para pintarse), y unas hojas secas (acá debe referirse al tabaco) que debe ser cosa muy apreciada entre ellos, porque

ya me trajeron en San Salvador de ellas en presente. Y traía un cestillo a su guisa, en que tenía un ramo de cuentecillas de vidrio, y dos blancas, por las cuales supe que aquel hombre venía de la isla de San Salvador y que había pasado a aquella de Santa María, y se pasaba a la Fernandina, el cual se llegó a la nave; yo le hice entrar, que así lo demandaba él, y le hice poner su almadía en la nave, y guardar todo lo que él traía, y le mandé dar de comer pan y miel, y de beber, y así le pasaré a la Fernandina, y le daré todo lo suyo, porque dé buenas de nos, por, si a Nuestro Señor le place, cuando Vuestras Altezas envíen acá, que aquellos que vinieren reciban honores, y nos den todo lo que hubiere".

Américo Vespucio

Carta de Américo Vespucio acerca de las islas recientemente halladas en sus cuatro viajes



Magnífico señor: Después de humildes reverencias y debidas recomendaciones, etc.

Será posible que Vuestra Magnificencia se maraville de mi temeridad y que conocida vuestra sabiduría, tan absurdamente me mueva a escribir a Vuestra Magnificencia la presente carta tan prolija, sabiendo que continuamente está Vuestra Magnificencia ocupada en los altos consejos y negocios sobre el buen regimiento de esa excelsa República. Y me considerará no sólo presuntuoso, sino también ocioso, por ponerme a escribir cosas no convenientes a

vuestro estado ni deleitables, escritas con estilo bárbaro y fuera de toda regla humanista; pero la confianza que tengo en vuestra virtud y en la verdad de lo que escribo, que son cosas no mencionadas ni por los antiguos ni por los modernos escritores, como a continuación conocerá V. M., me hace ser osado. La causa principal que me ha movido a escribiros, fue la súplica del presente portador, llamado Benvenuto Benvenuti, nuestro florentino, gran servidor de V. M., según lo ha demostrado, y muy amigo mío; el cual, encontrándose aquí en esta ciudad de Lisboa, me rogó que diese parte a Vuestra Magnificencia de las cosas vistas por mí en diversas regiones del mundo, en cuatro viajes que hice para descubrir nuevas tierras: dos por orden del rey de Castilla, don Fernando VI, por el gran golfo del mar Océano hacia el occidente, y los otros dos por mandato del rey don Manuel de Portugal, hacia el austro; diciéndome que Vuestra Magnificencia tendría placer en ello, y que en esto esperaba serviros. Por lo cual me dispuse a hacerlo, pues siendo verdad que Vuestra Magnificencia me tiene en el número de sus servidores, acordándome cómo en el tiempo de nuestra juventud era vuestro amigo y ahora servidor, e íbamos a oír los principios de la gramática bajo el buen ejemplo y doctrina del venerable religioso, fraile de San Marcos, fray Giorgio Antonio Vespucci, cuyos consejos y doctrina hubiese querido Dios que yo siguiese, pues como dice Petrarca, sería otro hombre del que soy. De cualquier manera que sea no me quejo, porque siempre me he deleitado en cosas virtuosas y aunque estas invenciones mías no sean convenientes a vuestras virtudes, os diré como dijo Plinio a Mecenas: vos solíais, en otro tiempo, deleitaros con mis pláticas. Aún cuando Vuestra Magnificencia esté ocupada continuamente en los negocios públicos, tomará alguna hora de descanso para gastar un poco de tiempo en las cosas singulares o entretenidas; y como se acostumbra a dar hinojo después de las viandas deleitosas para disponerlas a una mejor digestión, así podréis para descanso de vuestras muchas ocupaciones, mandar que se os lea esta carta mía para que os aparte un tanto del continuo cuidado y asiduo pensamiento de las cosas públicas, y si fuese prolijo os pido perdón, Magnífico Señor mío.

PRIMER VIAJE

Vuestra Magnificencia sabrá cómo el motivo de mi venida a este reino de España fue para negociar mercancías y cómo seguí en este propósito cerca de cuatro años, durante los cuales vi y conocí distintas vicisitudes de la fortuna y cómo mudaba estos bienes caducos y transitorios, y cómo un tiempo tiene al hombre en la cima de la rueda y otro lo arroja de sí y lo priva de los bienes que se pueden llamar prestados; de modo que, conocido el continuo trabajo que pone el hombre en conquistarlos, sometiéndose a tantas incomodidades y peligros, decidí abandonar el comercio y poner mi propósito en cosas más laudables y firmes, y fue que me dispuse a ir a ver parte del mundo y sus maravillas, y esto se me ofreció [en] tiempo y lugar muy oportunos, pues el rey don Fernando de Castilla, teniendo que mandar cuatro naves a descubrir nuevas tierras hacia el occidente, fui elegido por su Alteza para que fuese en esa flota para ayudar a descubrir. Partimos de Cádiz el día 10 de mayo de 1497 y tomamos nuestro camino por el gran golfo del mar Océano, en cuyo viaje estuvimos 18 meses y descubrimos mucha tierra firme e infinitas islas, muchas de ellas habitadas, de las cuales los antiguos escritores no hacen mención; porque creo que de ellas no tuvieron noticia; que si bien me recuerdo, en alguno he leído que consideraba que este mar Océano era mar sin gente, y

que de esta opinión fue Dante, nuestro poeta, en el capítulo XXVI del *Infierno*, donde finge la muerte de Ulises. En este viaje vi cosas maravillosas, como verá Vuestra Magnificencia.

Como dije antes, partimos del puerto de Cádiz cuatro naves en conserva y comenzamos nuestra navegación en derechura a las Islas Afortunadas, que hoy se llaman la Gran Canaria, que están situadas en el mar Océano al extremo del occidente habitado y colocadas en el tercer clima, sobre las cuales se alza el polo del septentrión, fuera de su horizonte, 27 grados y medio, distan de esta ciudad de Lisboa 280 leguas, por el viento entre mediodía y lebeche, donde estuvimos ocho días, proveyéndonos de agua y leña y demás cosas necesarias; y desde aquí, hechas nuestras oraciones, levamos anclas y dimos las velas al viento comenzando nuestra navegación por el poniente tomando una cuarta del lebeche. Y tanto navegamos que al cabo de 37 días llegamos a una tierra que juzgamos ser tierra firme, la cual dista hacia el occidente de las Islas de Canaria, cerca de mil leguas fuera de lo habitado, dentro de la zona tórrida, porque encontramos el polo del septentrión levantarse 16 grados[1] fuera de su horizonte, y 75 grados más occidental que la Isla de Canaria, según lo mostraban nuestros instrumentos. En la cual anclamos con nuestras naves a legua y media de tierra y botamos nuestros bateles completamente llenos de hombres y armas dirigiéndonos a tierra y antes de llegar a ella, vimos mucha gente que andaba a lo largo de la playa, de lo cual nos alegramos mucho, y advertimos que era gente desnuda; mostraron tenernos miedo, creo porque nos vieron vestidos y de distinta apariencia; se recogieron todos en un monte, y pese a cuantas señales les hicimos de paz y amistad, no quisieron venir a conversar con nosotros; de modo que viniendo ya la noche y porque las naves estaban ancladas en lugar peligroso, por estar en costa brava y sin abrigo, decidimos irnos de allí al otro día, e ir a buscar algún puerto o ensenada donde asegurásemos nuestras naves; y navegamos por el maestral que así se recorría la costa siempre a vista de tierra y viendo continuamente gente en la playa, tanto que después de navegar dos días encontramos lugar muy seguro para las naves y anclamos a media legua de tierra, donde vimos muchísima gente. Y ese mismo día fuimos a tierra con los bateles, y saltamos a tierra 40 hombres en buen orden y los de tierra todavía se mostraban esquivos de tratar con nosotros, pero tanto trabajamos ese día en darles nuestras cosas, como cascabeles, espejos, abalorios, cuentas y otras bagatelas, que algunos de ellos se confiaron y vinieron a tratar con nosotros; y hecha buena amistad con ellos, viniendo la noche, nos despedimos y nos volvimos a las naves; y al día siguiente, al alba, vimos que había en la playa infinita gente, y traían con ellos a sus mujeres y a sus hijos; fuimos a tierra y vimos que todos venían cargados con sus mantenimientos, que son tales como en su lugar se dirá. Y antes que llegáramos a tierra, muchos de ellos se echaron a nado y vinieron a recibirnos en el mar a un tiro de ballesta, pues son gradísimos nadadores, con tanta seguridad como si hubiéramos tratado con ellos mucho tiempo, y de esta seguridad suya tuvimos placer. Lo que de su vida y costumbres conocimos fue que todos van desnudos, tanto los hombres como las mujeres, sin cubrir vergüenza ninguna, tal como salieron del vientre de sus madres. Son de mediana estatura, muy bien proporcionados, su carne es de un color que tiende al rojo, como melena de león; creo que si anduvieran vestidos serían blancos como nosotros; no tienen en el cuerpo pelo alguno, salvo que tienen el cabello largo y negro, especialmente las mujeres, lo que las hace hermosas; no son

1 Harrise estima que debiera leerse 10 grados (*N. del E.*).

muy bellos de rostro, pues tienen la cara ancha, queriendo parecerse a los tártaros; no se dejan crecer pelo ninguno en las cejas, ni en las pestañas, ni en ninguna parte, salvo el de la cabeza, pues consideran al pelo como cosa fea. Son personas muy ligeras al andar y al correr, así los hombres como las mujeres, que una mujer no tiene reparo en correr una legua o dos, que muchas veces lo vimos; y en esto nos llevan grandísima ventaja a los cristianos. Nadan de una manera increíble, y mejor las mujeres que los hombres, porque las hemos encontrado y visto muchas veces dos leguas mar adentro, nadando sin apoyo alguno. Sus armas son arcos y flechas muy bien fabricados, salvo que no tienen hierro ni otro género de metal duro, y en lugar de hierro ponen dientes de animales o de peces, o un pedazo de madera dura afilado en la punta; son tiradores certeros, que dan donde quieren; y en algunos lugares usan estos arcos las mujeres; tienen otras armas, como ser lanzas endurecidas al fuego y unas porras con cabezas muy bien labradas. Guerrean entre sí con pueblos que no son de su lengua muy cruelmente, sin perdonar la vida a ninguno, sino para infligirles mayor castigo.

Cuando van a la guerra llevan con ellos a sus mujeres, no para que guerreen sino para que lleven detrás de ellos el sustento: que una mujer lleva sobre sí una carga que no la llevaría un hombre, treinta o cuarenta leguas, que muchas veces lo vimos. No tienen capitán alguno, ni andan en orden, pues cada uno es señor de sí mismo; y las causas de sus guerras no son la ambición de reinar, ni por extender sus dominios, ni por codicia desordenada, sino por una antigua enemistad que tuvieron entre sí en tiempos pasados; y cuando le preguntamos por qué guerreaban, no nos sabían dar otra razón sino que lo hacían por vengar la muerte de sus antepasados o de sus padres. Estos no tienen rey ni señor, ni obedecen a nadie, y viven en entera libertad. La manera como se deciden a ir a la guerra es que cuando los enemigos han muerto o apresado a alguno de ellos, se levanta el pariente más viejo y va arengando por las calles que vayan con él a vengar la muerte de aquel pariente suyo, y así se mueven por compasión. No tienen justicia ni castigan al malhechor, ni el padre ni la madre castigan a los hijos: y sea o no asombroso, nunca vimos que hubiera disputas entre ellos.

Muéstranse sencillos en el hablar y son muy maliciosos y agudos en aquello que les interesa, hablan poco y en voz baja; usan los mismos acentos que nosotros, porque forman las palabras o en los dientes o en los labios, pero dan otros nombres a las cosas. Mucha es la diversidad de las lenguas, pues de 100 en 100 leguas encontrábamos cambios de lenguaje, que no se entienden el uno con el otro. Su modo de vivir es muy bárbaro, porque no comen a horas fijas, y lo hacen tantas veces como quieren y no les importa mucho que la gana les venga más a media noche que de día, que a toda hora comen, y comen en el suelo, sin manteles u otro paño alguno, porque colocan sus viandas en vasijas de barro que ellos mismos fabrican o en mitades de calabazas. Duermen en ciertas redes muy grandes, hechas de algodón y suspendidas en el aire, y aunque esta manera de dormir parezca incómoda, digo que es agradable dormir en ellas, y mejor dormíamos en ellas que en nuestras mantas. Son gente limpia y aseada en sus cuerpos por la mucha frecuencia con que se lavan, y cuando evacúan el vientre, con perdón sea dicho, procuran por todos los medios posibles no ser vistos; pero todo lo que en esto son limpios y honestos, son sucios y desvergonzados en hacer aguas, porque estando hablando con nosotros sin volverse ni avergonzarse, dejaban salir tal fealdad, que no les daba vergüenza alguna. No usan entre ellos matrimonio, cada uno

toma las mujeres que quiere, y cuando las quiere repudiar las repudia sin que se le tenga por injuria ni sea vergüenza para la mujer, pues en esto tiene la mujer tanta libertad como el hombre. No son muy celosos, pero son lujuriosos fuera de toda medida y mucho más las mujeres que los hombres, que por honestidad se deja de decir los artificios de que se valen para satisfacer su desordenada lujuria. Son mujeres muy fecundas y en sus preñeces no excusan trabajo alguno; sus partos son tan fáciles, que después de un día de paridas, van por todos lados, especialmente para lavarse en los ríos, y están sanas como peces. Son tan desamoradas y crueles que si se enojan con sus maridos hacen en seguida un artificio con el que matan a la criatura en el vientre y la abortan; por cuyo motivo matan infinitas criaturas. Son mujeres de cuerpos gentiles, muy bien proporcionadas, y no se ve en sus cuerpos cosa o miembro mal hecho; y aunque andan completamente desnudas, son mujeres carnosas y de sus vergüenzas no se ve aquella parte que puede imaginar quien no las ha visto, pues la cubren con los muslos, salvo aquella parte a la que la naturaleza no ha proveído, que es, hablando honestamente, el pubis. En conclusión, no tienen vergüenza de sus vergüenzas, así como nosotros no la tenemos de enseñar la nariz o la boca; por excepción veréis los pechos caídos de una mujer, así como tampoco el vientre caído o con arrugas, que todas parecen que no pariesen nunca. Se mostraban muy deseosas de ayuntarse con nosotros los cristianos.

No supimos que esa gente tuviera ley alguna, ni se les puede llamar moros ni judíos; son peores que gentiles, porque no vimos que hiciesen sacrificio ninguno y tampoco tienen casas de oración; juzgo que su vida es epicúrea. Sus habitaciones son comunes, y sus casas hechas en formas de cabañas pero muy fuertemente construidas y fabricadas con troncos de árboles grandísimos, cubiertas con hojas de palma, a prueba de tempestades y de vientos, y en algunos lugares tan anchas y tan largas que en una sola casa encontramos que había 600 almas; y vimos poblaciones de sólo trece casas donde estaban cuatro mil almas. Cada ocho o diez años cambian las poblaciones, y habiendo preguntado por qué lo hacían [respondieron] que a causa del suelo, pues por las inmundicias estaba infecto y corrupto, produciéndoles enfermedades en sus cuerpos, lo que nos pareció buena razón. Sus riquezas son plumas de pájaros de muchos colores, o rosarios que hacen con huesos de pescado, o piedras blancas o verdes que se incrustan en las mejillas, en los labios o en las orejas; y de otras muchas cosas que nosotros no estimamos en nada. No tienen comercio, ni compran ni venden. En conclusión viven y se contentan con lo que les da su naturaleza. Las riquezas que en esta nuestra Europa y en otras partes usamos, como oro, joyas, perlas y otras riquezas, no las aprecian en nada, y aunque las poseen en sus tierras no trabajan por obtenerlas ni las estiman. Son liberales en el dar, que por maravilla os niegan cosa alguna; y en desquite liberales en el pedir, cuando se muestran vuestros amigos. El mayor signo de amistad que os demuestran es daros sus mujeres y sus hijas; y un padre y una madre se tienen por muy honrados si, cuando os traen una hija, aunque sea moza virgen, dormís con ella; y con esto os dan su mayor prueba de amistad. Cuando mueren, usan varios modos de exequias; a algunos los entierran con agua y alimentos en la cabecera, pensando que los han de comer. No tienen ni usan ceremonias de iluminación ni de llantos. En algunos otros lugares usan el más bárbaro e inhumano de los entierros, y es que cuando un doliente o enfermo está casi a un paso de la muerte, sus parientes lo llevan a un gran bosque, y cuelgan

de dos árboles, una de las redes donde duermen y después lo ponen en ella, danzándole alrededor todo un día; y cuando viene la noche le ponen en la cabecera agua y otras viandas, de manera que pueda mantenerse durante cuatro o seis días, y después lo dejan solo volviéndose a la población, y si el enfermo se ayuda a sí mismo, y come y bebe y vive, se vuelve a la población, donde lo reciben los suyos con ceremonias; más son pocos los que se salvan; mueren sin que nunca sean visitados, y aquella es su sepultura. Y tienen otras muchas costumbres que por prolijidad no se dicen. En sus enfermedades usan varias clases de medicinas, tan diferentes a las nuestras, que nos maravillábamos que alguno sanase; que muchas veces vi que a un enfermo de fiebre, cuando la tenía en aumento, lo bañaban con mucha agua fría, de la cabeza a los pies, luego le encendían un gran fuego alrededor, haciéndolo volverse y revolverse durante dos horas, hasta que lo cansaban y lo dejaban dormir; y muchos sanaban. También usan mucho la dieta, que están tres días sin comer, y el sacarse sangre, pero no del brazo, sino de los muslos, las caderas y las pantorrillas; también provocan el vómito con yerbas que se meten en la boca, y otros muchos remedios que sería largo de contar. Padecen mucho de la flema y de la sangre a causa de sus viandas, que son principalmente raíces de yerbas, frutas y peces. No tienen semillas de trigo ni de otro grano y para su uso común y comer utilizan la raíz de un árbol, de la que hacen una harina muy buena que llaman yuca, y otros la llaman cazabe, y otros ñame. Comen poca carne, excepto carne humana, pues Vuestra Magnificencia sabrá que son en esto tan inhumanos, que sobrepasan toda costumbre bestial, pues se comen a todos sus enemigos que matan o hacen prisioneros, tanto mujeres como hombres, con tanta ferocidad, que al decirlo parece cosa brutal, cuanto más verlo como me ocurrió infinitas veces, y en muchas partes verlo; y se maravillaron oyéndonos decir que nosotros no nos comíamos a nuestros enemigos. Y esto téngalo por cierto Vuestra Magnificencia, son tan bárbaras sus otras costumbres, que el hecho de decirlas las disminuye; y porque en estos cuatro viajes he visto tantas cosas distintas a nuestras costumbres, me dispuse a escribir una miscelánea, a la que llamo "Las cuatro jornadas", en la cual relato la mayor parte de las cosas que vi, muy detalladamente, según me lo ha permitido mi débil ingenio; la cual todavía no he publicado, porque estoy de tan mal talante para mis propias cosas, que no tengo gusto en esto que he escrito, aunque muchos me animan a publicarla; en ella se verá cada cosa en detalle, así que no me alargaré más en este capítulo, porque en el transcurso de la carta veremos muchas otras cosas que son particulares: esto baste en cuanto a lo universal. Al principio no vimos cosa de mucho provecho en tierra, salvo alguna muestra de oro, creo que era porque no sabíamos la lengua, pues en cuanto al sitio y disposición de la tierra no pueden ser mejores.

Acordamos partir e ir más adelante costeando de continuo la tierra, en la cual hicimos muchas escalas y tuvimos trato con mucha gente, y al fin de varios días, fuimos a dar a un puerto donde tuvimos grandísimo peligro, pero plugo al Espíritu Santo salvarnos, y fue de esta manera. Bajamos a tierra en un puerto donde encontramos una población edificada sobre el agua como Venecia; eran cerca de 44 casas grandes, en forma de cabañas, asentadas sobre palos muy gruesos y teniendo sus puertas o entradas de las casas a modo de puentes levadizos, y de una casa se podía ir a todas, pues los puentes levadizos se tendían de casa en casa, y así como las gentes de ellas nos vieron, mostraron tenernos miedo y súbita-

mente alzaron todos los puentes, y mientras veíamos esta maravilla, vimos venir por el mar unas 22 canoas, que son la clase de sus navíos, fabricadas de un solo árbol, las cuales venían alrededor de nuestros bateles; como se maravillasen de nuestra figura y vestidos, se alejaron de nosotros, y estando así les hicimos señales de que viniesen hacia nosotros, dándoles confianza con señas de amistad; y visto que no venían, fuimos hacia ellos, y no nos esperaron, sino que se fueron a tierra y con señas nos dijeron que esperásemos, y que pronto volverían. Fueron detrás de un monte y no tardaron mucho, y cuando volvieron traían consigo 16 de sus hijas y entraron con ellas en sus canoas, y vinieron a los bateles y en cada uno dejaron cuatro, que tanto nos maravillamos de este acto, cuanto puede comprender Vuestra Magnificencia; y se metieron con sus canoas entre nuestros bateles, hablando con nosotros, de modo que lo juzgamos signo de amistad. Y andando en esto, vimos venir mucha gente nadando por el mar, que venían de las casas, y como si viniesen acercándose a nosotros sin malicia alguna; en esto se asomaron a las puertas de las casas algunas mujeres viejas dando grandísimos gritos y mesándose los cabellos en señal de tristeza; lo que nos hizo sospechar y recurrimos cada uno a las armas; de pronto las mozas que teníamos en los bateles se arrojaron al mar, y los de las canoas se alejaron de nosotros y comenzaron a tirarnos flechas con sus arcos, y los que venían nadando, cada uno traía una lanza bajo el agua, lo más escondida que podía; de modo que reconocida la traición, comenzamos no sólo a defendernos, sino a ofenderlos vigorosamente, e hicimos zozobrar con los bateles muchas de sus almadías o canoas, que así las llaman, hicimos estragos y todos huyeron a nado, dejando desamparadas sus canoas, y con mucho daño de su parte se fueron nadando a tierra, y murieron de ellos cerca de 15 o 20 y muchos quedaron heridos; y de los nuestros fueron heridos 5, y todos se salvaron gracias a Dios; nos apoderamos de dos de las muchachas y de dos hombres, y fuimos a sus casas y entramos en ellas, y en todas no encontramos otra cosa que dos viejas y un enfermo. Les tomamos muchas cosas, pero de poco valor, y no quisimos incendiar las casas porque nos parecía cargo de conciencia; y volvimos a nuestros bateles con cinco prisioneros, y nos fuimos a las naves, y les pusimos a cada uno de los presos un trozo de hierro en los pies, menos a las mozas; y llegada la noche se huyeron las dos muchachas y uno de los hombres, de la manera más sutil del mundo. Al día siguiente acordamos salir de este puerto y seguir más adelante; anduvimos continuamente a lo largo de la costa, hasta que vimos otras gentes, distantes de las anteriores unas 80 leguas; las encontramos muy diferentes en su lengua y en sus costumbres. Acordamos surgir, y fuimos con los bateles a tierra, viendo en la playa muchísima gente, que podían ser al pie de 4000 almas; y cuando nos acercamos a tierra no nos esperaron, y se pusieron a huir por los bosques, desamparando sus casas. Saltamos a tierra y nos fuimos por un camino que conducía al bosque, y a un tiro de ballesta encontramos sus cabañas, en donde habían hecho grandes hogueras, y dos de ellos estaban cocinando sus viandas y asando muchos animales y varias clases de peces; donde vimos que asaban un cierto animal que parecía una serpiente, salvo que no tenía alas, y de aspecto tan feo que nos maravillamos mucho de su deformidad. Caminamos así por sus casas o mejor cabañas, y encontramos muchas de estas serpientes vivas que estaban amarradas por los pies y tenían una cuerda alrededor del hocico, que no podían abrir la boca, como se hace a los perros alanos para que no muerdan; tenían tan fiero aspecto

que ninguno de nosotros se atrevía a tocarlas, pensando que eran venenosas; son del tamaño de un cabrito y de braza y media de longitud; tienen los pies largos y gruesos y armados de fuertes uñas; tienen la piel dura y son de diversos colores; el hocico y la cara la tienen de serpiente y de la nariz les sale una cresta como una sierra, que les pasa por el medio del lomo hasta la punta de la cola; en conclusión juzgamos que eran serpientes y venenosas, y se las comen. Encontramos que hacían panes de pequeños peces que sacaban del mar, dándoles primero un hervor, amasándolos y haciendo con ellos una pasta o pan que tostaban sobre las brasas y así lo comían; lo probamos y encontramos que era bueno. Tenían tanta clase de manjares, principalmente de frutas y raíces, que sería cosa larga contarlos minuciosamente. Y visto que la gente no volvía, acordamos no tocarles ni tomarles cosa alguna para darles confianza, y dejamos en sus cabañas muchas cosas de las nuestras, en lugares a propósito para que las viesen y a la noche nos volvimos a las naves. Al día siguiente al amanecer, vimos innumerables gentes en la playa; y fuimos a tierra y aunque aún se mostraban temerosos de nosotros se atrevieron a acercarse y a hablarnos, dándonos cuanto les pedíamos y mostrándose muy amigos. Nos dijeron que esas no eran sus habitaciones y que habían venido aquí para pescar; y nos rogaron que fuéramos a sus casas y poblaciones, porque querían recibirnos como amigos. Y nos hicimos tan amigos a causa de dos hombres que nosotros traíamos presos, porque eran sus enemigos; de modo que vista su mucha insistencia, habiendo hecho consejo, acordamos ir con ellos 28 cristianos de los nuestros bien prevenidos, y con el firme propósito de morir si fuese necesario.

Después de haber estado allí casi tres días, fuimos con ellos tierra adentro, y a tres leguas de la playa dimos con una población de mucha gente y de pocas casas, porque no eran más de nueve, donde fuimos recibidos con tantas y tan bárbaras ceremonias, que no basta la pluma para describirlas; que fue con danzas, cantos y lamentos mezclados con regocijo, y con muchas viandas. Nos quedamos allí la noche, donde nos ofrecieron a sus mujeres [de tal manera] que no nos podíamos defender de ellas; y después de haber estado allí la noche y la mitad del día siguiente fueron tantos los pueblos que por maravilla nos venían a ver, que eran incontables; y los más viejos nos rogaban que fuésemos con ellos a otras poblaciones que estaban más hacia el interior de la tierra, mostrando que nos harían grandes honores; por lo tanto acordamos ir, y no es posible decir cuantos honores nos hicieron. Y fuimos a muchas poblaciones, tanto que empleamos nueve días en el viaje, de modo que nuestros cristianos que habían quedado en las naves, estaban con recelo por nosotros; y estando como a 18 leguas tierra adentro, determinamos tornarnos a las naves, y a la vuelta era tanta la gente que venía con nosotros hasta el mar, así hombres como mujeres, que fue cosa admirable. Y si alguno de los nuestros se cansaba en el camino, lo llevaban en sus redes muy descansadamente; y al cruzar los ríos, que son muchos y muy grandes, los pasábamos con sus artificios con tanta seguridad que no teníamos peligro ninguno, y muchos de ellos venían cargados con las cosas que nos habían dado, que estaban en sus redes para dormir: plumajes muy ricos, muchos arcos y flechas e innumerables papagayos de variados colores. Y otros traían la carga de sus alimentos y de animales; y aún diré una maravilla mayor, y es que se tenían por bienaventurados aquellos que teniendo que pasar un río, nos podían llevar a cuestas. Y cuando llegamos al mar y a nuestros bateles, entramos en ellos, y era tanta la lucha que hicieron para meterse en ellos

e ir a ver nuestras naves que nos quedamos asombrados; llevamos de ellos cuantos pudimos en los bateles y fuimos a las naves, pero vinieron nadando tantos, que nos tuvimos por locos al ver tanta gente en las naves, que eran más de mil almas, todos desnudos y sin armas; se maravillaron de nuestros aparejos e instrumentos, y de la grandeza de las naves; y con éstos sucedieron cosas que dieron risa, y fue que acordamos disparar algunas piezas de artillería, y cuando salió el estampido la mayor parte de ellos se arrojó de miedo al agua, no de otro modo que como lo hacen las ranas que están en las orillas, que viendo algo temeroso, se tiran en el pantano, tal hizo aquella gente; y los que quedaron en las naves estaban tan asustados que nos arrepentimos de haberlo hecho; también los tranquilizamos diciéndoles que con aquellas armas matábamos a nuestros enemigos. Y habiendo holgado todo el día en las naves, les dijimos que se fuesen, porque queríamos partir esa noche y así se separaron de nosotros con mucha amistad y cariño y se fueron a tierra. Y en esta tierra y su gente conocí y vi tantas costumbres suyas y modos de vivir, que no me preocupo de extenderme en ella, porque sabrá V. M. que en cada uno de mis viajes he apuntado las cosas más notables y con todas he escrito un volumen en forma de geografía, y lo llamo "Las cuatro jornadas", en cuya obra se encuentran las cosas en detalle, y aún no lo he publicado porque necesito revisarlo. Esta tierra está pobladísima y llena de gente, y de infinitos ríos; pocos animales son semejantes a los nuestros, salvo los leones, panteras, ciervos, cerdos, cabras y gamos, y éstos también tienen diferencia; no tienen caballos, ni mulas, ni, con perdón, asnos, ni perros, ni clase alguna de ganado ovino ni vacuno; pero son tantos los otros animales que tienen, aunque son salvajes y no se sirven de ellos, que no se pueden contar. Qué diremos de otros pájaros, que son tantos y de tantas clases y colores de plumaje que maravilla verlos. La tierra es muy amena y fructífera, llena de grandísimas selvas y bosques siempre verdes, que nunca pierden las hojas. Las frutas son tantas que son innumerables y completamente diferentes de las nuestras. Esta tierra está dentro de la zona tórrida, cerca o debajo del paralelo que describe el trópico de Cáncer, donde el polo de su horizonte se eleva 23 grados, al extremo del segundo clima. Vinieron a vernos muchas gentes, y se maravillaban de nuestra figura y de nuestra blancura, y nos preguntaron de dónde veníamos, y le dábamos a entender que veníamos del cielo y que andábamos viendo el mundo, y lo creían. En esta tierra pusimos pila bautismal e infinita gente se bautizó; y en su lengua nos llamaban *carabi,* que quiere decir varones de gran sabiduría. Partimos de este puerto; la provincia se llama Lariab; y navegamos a lo largo de la costa siempre a vista de la tierra, tanto que recorrimos de ella 870 leguas,[1] siempre hacia el maestral, haciendo en ella muchas escalas y tratando con mucha gente; en muchos lugares rescatamos oro, pero no en mucha cantidad, ya que hicimos mucho con descubrir la tierra y saber que tenían oro.

Llevábamos ya 13 meses de viajes y los navíos y los aparejos estaban muy maltrechos y los hombres cansados; acordamos de común acuerdo, arrimar las naves a la orilla y examinarlas para repararlas porque hacían mucha agua y calafatearlas y embrearlas de nuevo y tornarnos de vuelta a España, y cuando deliberábamos esto estábamos en un puerto, el mejor del mundo, en el que entramos con nuestras naves, encontrando mucha gente, que nos recibió con muestras de gran amistad; hicimos en tierra un bastión con nuestros

1 Varnhagen entiende que es un error de lectura, y que sólo recorrieron 370 leguas. (*N. del E.*).

bateles, y con toneles y cubas y nuestra artillería, que lo dominaba todo; y descargadas y aligeradas nuestras naves, las llevamos a tierra, y les arreglamos todo aquello que era necesario; y la gente de tierra nos prestó grandísima ayuda y continuamente nos proveía con sus alimentos, que en este puerto poco gustamos de los nuestros, que nos hicieron gran servicio, porque teníamos el mantenimiento para la vuelta poco y pobre. Allí estuvimos 37 días, y fuimos muchas veces a sus poblaciones, donde nos hacían grandes honores. Y queriéndonos partir para nuestro viaje, se nos quejaron de que en ciertas épocas del año venían por la vía del mar a su tierra una gente muy cruel que eran sus enemigos y con traiciones o por violencia mataban a muchos de ellos y se los comían y capturaban a algunos, y los llevaban presos a sus casas o tierra, y apenas se podían defender de ellos, haciéndonos señales de que eran gentes isleñas y podían estar a 100 leguas mar adentro; y con tanta emoción nos decían esto, que los creímos y prometimos vengarlos de tantas injurias; se quedaron muy contentos con esto y muchos ofrecieron venirse con nosotros, pero no quisimos por muchas razones, salvo siete que llevamos, a condición de que se viniesen después en canoa, porque no nos quisimos obligar a volverlos a su tierra, y estuvieron contentos, y así nos separamos de esa gente dejándolos muy amigos nuestros. Remediadas nuestras naves, navegamos siete días por el mar por el viento entre greco y levante, y al cabo de los siete días nos encontramos en las islas, que eran muchas, algunas pobladas y otras desiertas, y surgimos en una de ellas donde vimos mucha gente, que la llamaban Iti, y equipados nuestros bateles con gente capaz y en cada uno tres tiros de bombarda, fuimos a tierra, donde encontramos al pie de 400 hombres y muchas mujeres, y todos desnudos como los anteriores. Eran de buen cuerpo y parecían hombres belicosos, porque estaban armados con sus armas, que son arcos, saetas y lanzas, y la mayor parte de ellos tenían unas tablas cuadradas que se las colocaban de tal modo que no les impedía tirar del arco; cuando estuvimos cerca de tierra con los bateles a un tiro de arco, todos saltaron al agua a tirarnos saetas y a impedirnos que saltáramos a tierra. Todos tenían su cuerpo pintado de diversos colores y emplumados con plumas, y nos decían los lenguas que iban con nosotros, que cuando así se mostraban pintados y emplumados, que daban señales de querer combatir. Y tanto perseveraron y nos impidieron desembarcar, que nos vimos forzados a hacer fuego con nuestra artillería, y cuando oyeron el estampido y vieron caer muertos a algunos de los suyos, se recogieron todos en tierra; por lo cual, después de hacer consejo, acordamos saltar a tierra 42 de nosotros, y si nos esperasen combatir con ellos; así cuando llegamos a tierra con nuestras armas, se lanzaron sobre nosotros y combatimos cerca de una hora, llevándoles poca ventaja, salvo que nuestros ballesteros y espingarderos mataban algunos, y ellos hirieron algunos nuestros; y esto era porque no nos esperaban ni a tiro de lanza ni de espada, y tanto ímpetu pusimos finalmente que estuvimos a tiro de espada, y como probasen nuestras armas se pusieron en fuga por los montes y los bosques y nos dejaron vencedores en el campo con muchos de los suyos muertos y muchos heridos. En este día no intentamos seguirlos de otro modo, porque estábamos muy fatigados, y nos volvimos a las naves con mucha alegría de aquellos siete hombres que vinieron con nosotros, que no cabían en sí. Y llegado el otro día vimos venir por la tierra gran número de gente, todavía en actitud de pelea, tocando cuernos y otros varios instrumentos que ellos usan en la guerra, y todos pintados y emplumados, que era cosa muy extraña de ver. Por eso todas las naves hicieron consejo y se de-

cidió que ya que esta gente quería enemistad con nosotros que fuésemos a vernos con ellos, y hacer cualquier cosa por hacerlos amigos; en caso que no quisiesen nuestra amistad, que los tratásemos como enemigos; y que cuantos pudiésemos tomar de ellos, todos fuesen nuestros esclavos. Y armados como mejor pudimos, fuimos hacia tierra, y no nos impidieron saltar a ella, creo que por miedo de las bombardas. Saltamos a tierra 57 hombres, en cuatro escuadras, cada capitán con su gente, y fuimos a las manos con ellos, y después de una larga batalla, muertos muchos de ellos, los pusimos en fuga y los perseguimos hasta una población, habiendo apresado cerca de 250 de ellos e incendiamos la población; y nos volvimos victoriosos a las naves con 250 prisioneros, dejándoles muchos muertos y heridos, y de los nuestros no murió más que uno, y veintidós heridos, que todos sanaron, gracias a Dios. Ordenamos nuestra partida, y los siete hombres de los que cinco estaban heridos, tomaron una canoa de la isla, y con siete prisioneros que les dimos, cuatro mujeres y tres hombres, se tornaron a su tierra muy alegres, maravillándose de nuestras fuerzas. Y nosotros también hicimos vela hacia España, con 222 prisioneros esclavos. Llegamos al puerto de Cádiz a 15 días de octubre de 1498, donde fuimos bien recibidos y vendimos nuestros esclavos. Esto es lo que me ocurrió de más notable, en este mi primer viaje.

SEGUNDO VIAJE

En cuanto al segundo viaje y lo que en él vi más digno de memoria, es lo que aquí sigue. Partimos del puerto de Cádiz tres naves en conserva, el día 16 de mayo de 1499 y comenzamos nuestro camino hacia las islas de Cabo Verde, pasando a la vista de la isla de Gran Canaria: y tanto navegamos que fuimos a una isla que se llama Isla del Fuego; y hecha aquí nuestra provisión de agua y leña, tomamos nuestra navegación por el lebeche. En 44 días llegamos a una nueva tierra, que juzgamos era tierra firme y continuación de la más arriba [en el primer viaje] mencionada; la cual está situada dentro de la zona tórrida y fuera de la línea equinoccial a la parte del austro, sobre la cual se alza el polo meridional 5 grados fuera de todo clima, y dista de las dichas islas, por el viento del lebeche, 500 leguas, y encontramos que los días eran iguales que las noches: porque fuimos a ella el día 27 de junio, cuando el sol está cerca del trópico del Cáncer; encontramos que esta tierra estaba toda anegada y llena de grandísimos ríos. Al principio no vimos gente alguna; surgimos con nuestras naves y botamos nuestros bateles; fuimos con ellos a tierra y, como digo, la encontramos llena de grandísimos ríos y anegada por grandísimos ríos que encontramos; la abordamos por muchas partes para ver si podíamos entrar por ella, y por la gran cantidad de agua que traían los ríos, a pesar de los muchos esfuerzos que hicimos, no encontramos sitio que no estuviese anegado: vimos por los ríos muchas señales de que la tierra estaba poblada, y visto que por esta parte no la podíamos penetrar, acordamos volvernos a las naves, y abordarla por otra parte. Levamos nuestras anclas y navegamos entre el levante y el siroco, costeando continuamente la tierra, que así se iba a prisa, y en muchas partes la abordamos por espacio de 40 leguas, y todo fue tiempo perdido; encontramos en esta costa que las corrientes del mar eran de tanta fuerza que no nos dejaban navegar, y todas corrían del siroco al maestral; de modo que vistos tantos inconvenientes para nuestra navegación, hecho nuestro consejo, acordamos volver el rumbo a la parte del maestral. Tanto navegamos a lo largo de la tierra, que fuimos a dar a un hermoso puerto, el cual estaba

formado por una gran isla, que estaba a la entrada, y dentro se formaba una grandísima ensenada; y navegando para entrar en ella, siguiendo la isla, vimos mucha gente, y alegrándonos, enderezamos nuestras naves para surgir donde veíamos la gente, que podíamos estar más hacia el mar cerca de cuatro leguas; y navegando de esta manera, vimos una canoa que venía de alta mar, en la cual venía mucha gente. Acordamos echarle mano, y viramos con nuestras naves sobre ella de modo que no la perdiésemos, y navegando en su dirección con viento fresco, vimos que estaban detenidos con los remos levantados, creo que maravillados de nuestras naves. Cuando vieron que íbamos acercándonos a ellos, pusieron los remos en el agua y comenzaron a navegar en dirección a la tierra; y como en nuestra compañía venía una carabela de 45 toneladas, muy velera, se puso a barlovento de la canoa y, cuando le pareció oportuno llegar a ella, largó los aparejos y vino [fue] en su dirección, y nosotros también; y cuando la pequeña carabela se emparejó con ella no la quiso embestir, la pasó y luego quedó a sotavento; y como se viesen con ventaja, comenzaron a hacer fuerza con los remos para huir; y nosotros que llevábamos los bateles a popa equipados ya con buena gente, pensamos que la tomaríamos; luchamos más de dos horas y, en fin, si la pequeña carabela en otra vuelta no hubiese tornado sobre ella, la perdíamos. Y como se vieron rodeados por la carabela y los bateles, todos se tiraron al mar, que podían ser 70 hombres, y estaban lejos de tierra cerca de dos leguas, y siguiéndolos con los bateles, en todo el día no pudimos coger más que dos, y fue por casualidad; todos los demás llegaron a tierra a salvo. En la canoa quedaron 4 muchachos, los cuales no eran de su linaje, pues los traían presos de otra tierra; y los habían castrado y todos estaban sin miembro viril y con la herida fresca, de lo que nos maravillamos mucho; y puestos en las naves, nos dijeron por señas, que los habían castrado para comérselos, y supimos que esta era una gente que se llamaba caníbales, muy feroces, que comen carne humana. Fuimos con las naves, llevando con nosotros la canoa por la popa en dirección a la tierra, y surgimos a media legua; y como en tierra vimos mucha gente en la playa, fuimos con los bateles a tierra, y llevamos con nosotros a los dos hombres que cogimos; y llegados a tierra, toda la gente huyó y se metieron por el bosque, y libertamos a uno de los hombres, dándole muchos cascabeles y [encargándole dijese] que queríamos ser sus amigos; el cual hizo muy bien lo que le mandábamos, y trajo consigo a toda la gente, que podían ser 400 hombres y muchas mujeres, los cuales vinieron sin arma alguna donde estábamos con los bateles; y hecha con ellos buena amistad, les dimos el otro preso y mandamos a la nave por su canoa y se la dimos. Esta canoa tenía 26 pasos de largo y dos brazas de ancho, y toda de un solo árbol ahuecado, muy bien trabajada; y cuando la hubieron varado en un río y puesto en lugar seguro, todos huyeron y no quisieron platicar con nosotros, lo que nos pareció un acto absolutamente bárbaro, y las juzgamos gente de poca fe y de mala condición. A éstos vimos algo de oro que tenían en las orejas. Partimos de aquí y entramos dentro de la ensenada, donde encontramos tanta gente que fue maravilla, con los cuales hicimos amistad en tierra, y muchos de nosotros fuimos con ellos a sus poblaciones, con mucha seguridad y bien recibidos. En este lugar rescatamos 150 perlas, que nos las dieron por un cascabel, y un poco de oro que nos lo dieron de gracia. Y encontramos que en esta tierra bebían vino hecho de sus frutas y semillas a la manera de cerveza; y blanco y rojo, y el mejor estaba hecho de mirabolanos y era muy bueno, y comimos infinitos de éstos,

que era el tiempo. Es muy buena fruta, sabrosa al gusto y saludable al cuerpo. La tierra es muy abundante en alimentos, y la gente de buena conversación, y la más pacífica que hemos encontrado hasta aquí. Estuvimos en este puerto 17 días con mucho gusto, y cada día nos venían a ver nuevos pueblos de tierra adentro, maravillándose de nuestra figura y blancura, y de nuestros vestidos y armas, y de la forma y grandeza de las naves. Por esta gente tuvimos noticias de cómo había una gente más hacia el poniente de ellos, que eran sus enemigos, que tenían infinita copia de perlas, y que las que ellos tenían eran las que les habían quitado en sus guerras, y nos dijeron cómo la pescaban, y de qué manera hacían, y encontramos que era verdad, como oirá Vuestra Magnificencia.

Partimos de este puerto y navegamos por la costa, por la cual continuamente veíamos hogueras y gente en la playa; y al cabo de muchos días fuimos a detenernos en un puerto, con motivo de remediar una de nuestras naves que hacía mucha agua, donde encontramos haber mucha gente, con la cual no pudimos ni por fuerza ni por grado tener ninguna conversación; y cuando íbamos a tierra la defendían ásperamente, y cuando no podían más huían por los bosques y no nos esperaban. Sabiéndolos tan bárbaros nos fuimos de allí, y navegando divisamos una isla en el mar que distaba de tierra 15 leguas, y acordamos ir a ver si estaba poblada. Encontramos en ella la gente más bestial y la más fea que vimos jamás, y era de esta manera. Eran muy feos de gesto y cara; todos tenían los carrillos llenos por dentro de una yerba verde que la rumiaban continuamente como bestias, que apenas podían hablar, y cada uno llevaba al cuello dos calabazas secas, y una estaba llena de aquella hierba que tenían en la boca, y la otra de una harina blanca que parecía yeso en polvo, y de cuando en cuando con un palillo que tenían, mojándolo en la boca, lo metían en la harina y después lo metían en la boca, con los dos extremos en cada una de las mejillas, enharinando la yerba que tenían en la boca, y esto lo hacían muy a menudo; y maravillados de tal cosa no podíamos entender este secreto, ni con qué fin lo hacían así. Cuando esta gente nos vio, vinieron hacia nosotros tan familiarmente como si hubiésemos tenido amistad con ellos; anduvimos hablando con ellos por la playa, y deseosos de beber agua fresca, nos hicieron seña de que no la tenían y nos ofrecieron de su yerba y su harina, de modo que dedujimos que esta isla era pobre de agua, y que por defenderse de la sed tenían aquella hierba en la boca y la harina por la misma razón. Anduvimos por la isla un día y medio sin que jamás encontrásemos agua alguna, y vimos que el agua que bebían era el rocío que caía de noche sobre ciertas hojas que parecían orejas de asno, y que se llenaban de agua, y de ésta bebían; era agua óptima; pero ellos no tenían hojas de éstas en muchos lugares. No tenían ninguna clase de viandas ni raíces como en tierra firme; su alimento era pescados que sacaban del mar, y de éstos tenían grandísima abundancia, y eran grandísimos pescadores; y nos presentaron muchas tortugas y muchos pescados grandes muy buenos. Sus mujeres no acostumbraban tener la yerba en la boca como los hombres, pero todas llevan una calabaza con agua, y de ella beben. No tenían poblaciones de casas ni de cabañas, sino que habitaban debajo de enramadas que los defendían del sol y no del agua, pero creo que pocas veces llovía en aquella isla. Cuando están pescando en el mar, todos tienen una hoja muy grande y de tal anchura que debajo de ellas estaban a la sombra, y la fijaban en tierra; y según iba dando vueltas el sol, así giraban la hoja, y de esta manera se defendían del sol. La isla tiene muchos animales de distintas clases que beben

agua de los pantanos. Y visto que no teníamos provecho alguno partimos y llegamos a otra isla, y encontramos que en ésa habitaba gente muy grande; fuimos en seguida a tierra para ver si encontrábamos agua fresca; y creyendo que la isla estaba despoblada por no ver gente, andando a lo largo de la playa, vimos huellas de gente en la arena muy grandes, y pensamos que si los otros miembros respondían a la medida, que serían hombres grandísimos; andando en esto nos encontramos en un camino que iba tierra adentro, y acordamos nueve de nosotros, y juzgamos que por ser chica la isla no podía haber en ella mucha gente; pero anduvimos por ella para ver qué gente era aquella, y cuando habíamos andado cerca de una legua, vimos en un valle cinco de sus cabañas, que nos parecieron deshabitadas; y fuimos a ellas, y encontramos sólo cinco mujeres, dos viejas y tres muchachas de estatura tan alta que las mirábamos con asombro. Así como nos vieron les entró tanto miedo que no tuvieron ánimo para huir, y las dos viejas comenzaron con palabras a convidarnos trayéndonos muchas cosas para comer; y nos llevaron a una cabaña, y eran de estatura mayor que un hombre grande, que bien serían grandes de cuerpo como fue Francisco degli Albizi, pero de mejores proporciones; de modo que todos tuvimos el propósito de tomar a las tres jóvenes por la fuerza y como cosa maravillosa traerlas a Castilla. Y estando en estos razonamientos, comenzaron a entrar por la puerta de la cabaña unos 36 hombres mucho más grandes que las mujeres, hombres tan bien hechos que era admirable verlos, los cuales nos turbaron tanto que mejor hubiéramos querido estar en las naves que encontrarnos con tal gente. Traían arcos grandísimos y flechas, con porras, y hablaban entre sí en un tono como si quisieran atacarnos. Viéndonos en tal peligro, hicimos varios consejos entre nosotros, algunos decían que nos echásemos sobre ellos dentro de la casa, y otros que era mejor en el campo, y otros decían que no comenzásemos la contienda hasta tanto no viésemos que querían hacer; y acordamos salir de la cabaña e irnos disimuladamente por el camino de las naves; y así lo hicimos, y tomado nuestro camino nos volvimos a las naves, ellos nos seguían siempre a un tiro de piedra, hablando entre sí, creo que no con menos miedo de nosotros que nosotros de ellos, porque alguna vez descansábamos y ellos también, sin acercarse a nosotros; hasta que llegamos a la playa donde estaban los bateles esperándonos. Entramos en ellos, y cuando nos largamos saltaron y nos tiraron muchas saetas, pero ya poco miedo teníamos de ellos; les disparamos dos tiros de bombarda, más para asustarlos que para hacerles mal, y al estampido huyeron todos al monte; y así nos separamos de ellos y nos pareció salvarnos de una peligrosa jornada. Andaban desnudos del todo como los otros. Llamo a esta isla la Isla de los Gigantes, a causa de su gran talla; y fuimos más adelante bordeando la tierra, en la cual muchas veces nos ocurrió combatir con ellos porque no nos dejaban coger cosa alguna de tierra.

Ya teníamos deseos de volvernos a Castilla, porque habíamos estado en el mar cerca de un año, y teníamos poco alimento, y ese poco dañado a causa de los grandes calores que pasamos; porque desde que partimos de la isla de Cabo Verde hasta aquí, habíamos navegado continuamente por la zona tórrida, y dos veces atravesamos la línea equinoccial; que como dije antes, fuimos 5 grados fuera de ella hacia el austro, y estábamos a 15 grados[1] hacia el septentrión. Estando en este consejo, plugo al Espíritu Santo dar

1 Probablemente hay aquí un error de lectura del manuscrito. Vespucio debía encontrarse en la latitud de 13º N. (*Nota de Varnhagen*).

algún descanso a tantos trabajos nuestros, y fue que buscando un puerto para reparar nuestros navíos, dimos con una gente que nos recibió con mucha amistad, y encontramos que tenían grandísima cantidad de perlas orientales muy buenas; con los cuales nos detuvimos 47 días, y rescatamos de ellos 119 marcos de perlas con muy poca mercancía, creo que no nos costaron el valor de cuarenta ducados; porque lo que les dimos no fueron sino cascabeles, espejos y cuentas, diez balas y hojas de latón: que por un cascabel daba cada uno cuantas perlas tenía. Por ellos supimos cómo las pescaban y dónde; y nos dieron muchas ostras, en las cuales nacen, rescatando una ostra en la que había 130 perlas y otras con menos; ésta de 130 perlas me la tomó la reina; las otras cuidé que no las viese. Y ha de saber V. M. que si las perlas no están maduras y no se desprenden por sí mismas, no duran, pues se dañan pronto, de esto tengo experiencia; cuando están maduras permanecen desprendidas dentro de la ostra y puestas sobre la pulpa: éstas son las buenas. En cuanto a las malas que teníamos, pues la mayor parte eran toscas y mal horadadas,[3] produjeron buen dinero, ya que se vendieron a ... el marco. Y al cabo de los 47 días dejamos a la gente muy amiga nuestra. Partimos y por la necesidad de alimentos fuimos a dar a la isla de Antilla, que es la que descubrió hace años Cristóbal Colón, donde conseguimos muchos alimentos; estuvimos dos meses y 17 días, pasando muchos peligros y trabajos con los mismos cristianos que estaban en la isla con Colón, creo que por envidia; los cuales dejo de contar por no ser prolijo. Partimos de dicha isla a 2 días de julio y navegamos un mes y medio, entrando al puerto de Cádiz el 18 de septiembre, de día. [Este fue] mi segundo viaje. Dios sea loado.

TERCER VIAJE

Hallándome luego en Sevilla, reponiéndome de tantos trabajos como habíamos pasado en estos dos viajes, y con deseo de volver a la tierra de las perlas, cuando la fortuna, no satisfecha de mis fatigas, no sé cómo inspiró el pensamiento del serenísimo Rey don Manuel de Portugal de querer servirse de mí: y estando en Sevilla sin el menor pensamiento de venir a Portugal, me llegó un mensajero con una carta de la real corona, en la que me rogaba viniese a Lisboa a hablar con Su Alteza, prometiendo hacerme mercedes. Me aconsejaron que no fuese. Despaché al mensajero diciendo que estaba enfermo y que cuando estuviese bueno, si aún Su Alteza quería servirse de mí, haría cuanto me mandase. Y visto que no podía atraerme, acordó mandar por mí a Giuliano de Bartolomeo del Giocondo, que estaba en Lisboa, con la misión de que me trajese de cualquier modo. Vino el dicho Giuliano a Sevilla, y por su venida y sus súplicas me vi forzado a venir; y mi venida fue tomada a mal por cuantos me conocían; porque me fui de Castilla donde me honraban y donde el rey me tenía en buena consideración; y lo peor fue que partí sin despedirme de nadie. Y presentándome ante este rey, mostró placer por mi venida y me rogó que fuese en compañía de tres de sus naves que estaban prestas para ir a descubrir nuevas tierras, y como el ruego de un rey es un mandato, hube de consentir en todo aquello que me rogaba.

Partimos de este puerto de Lisboa tres naves en conserva, a 10 días de mayo de 1501, tomando nuestro derrotero derecho hacia la isla de la Gran Canaria; pasamos a vista de ella sin detenernos y desde aquí fuimos bordeando la costa de Africa por la parte occi-

[3] Traducimos literalmente: *mal forate* = mal horadadas. Vignaud ve aquí un error de lectura y corrige: *mal formate* = mal formadas. (*N. del T.*).

dental, en cuya costa pescamos una especie de pez que se llama *parchi;* donde nos detuvimos tres días y desde allí nos dirigimos a la costa de Etiopía, a un puerto que se llama Besechicce [Beseguiche, hoy Dakar] que está dentro de la zona tórrida sobre el cual alza el polo del septentrión 14 grados y medio, situado en el primer clima; allí estuvimos 11 días aprovisionándonos de agua y de leña, porque mi intención era navegar hacia el austro por el golfo Atlántico. Partimos de este puerto de Etiopía y navegamos por el lebeche tomando una cuarta del mediodía, de manera que en 67 días llegamos a una tierra que estaba del dicho puerto a 700 leguas hacia el lebeche; y en aquellos 67 días tuvimos el peor tiempo que jamás tuviese navegante alguno del mar, por los muchos aguaceros, turbonadas y tormentas que se desataron; pues estábamos en un tiempo muy adverso, ya que la mayor parte de nuestra navegación la hicimos continuamente junto a la línea equinoccial, donde en el mes de junio es invierno; y encontramos que el día y la noche eran iguales, y encontramos la sombra continuamente hacia el mediodía.

Plugo a Dios mostrarnos nueva tierra, y fue el día 17 de agosto. Surgimos a media legua, botamos nuestros bateles y fuimos a ver si la tierra estaba habitada por gentes y qué tal eran. La encontramos habitadas por gentes que eran peores que animales; sin embargo, V. M. entenderá que al principio no vimos gente, pero bien conocimos que estaba poblada, por las muchas señales que en ella vimos. Tomamos posesión de ella por este serenísimo Rey, y encontramos que la tierra era muy amena y verde y de buena apariencia; estaba 5 grados fuera de la línea equinoccial hacia el austro. Por este día volvimos a las naves; y porque teníamos gran necesidad de agua y de leña, acordamos tornar a tierra al día siguiente para proveernos de lo necesario; y estando en tierra, vimos unas gentes en la cumbre de un monte que nos estaban mirando y no se atrevían a descender. Estaban desnudas y eran del mismo color y apariencia de las anteriores [de los otros viajes]; y aunque estuvimos tratando de que vinieran a hablar con nosotros, jamás pudimos atraerlos, que no se fiaban de nosotros; y vista su obstinación y que ya era tarde, volvimos a las naves dejándoles en tierra a su alcance, muchos cascabeles, espejos y otras cosas. Y cuando nos alejamos en el mar, bajaron del monte y vinieron por las cosas que les habíamos dejado, de las cuales se admiraron mucho; y por este día no nos proveímos sino de agua. A la mañana siguiente vimos desde las naves que las gentes de tierra hacían muchas humaredas, y pensando que nos llamaban, fuimos a tierra, donde encontramos que había venido gran multitud; y todavía estaban lejos de nosotros, y nos hacían señas de que fuésemos con ellos tierra adentro. Dos de nuestros cristianos fueron a pedir al capitán que diese su licencia, pues deseaban arriesgarse a ir con ellos tierra adentro para ver qué gentes eran, y si tenían alguna riqueza, o especiería, o droguería. Tanto suplicaron que el capitán estuvo conforme; y se prepararon con muchos objetos de rescate, separándose de nosotros con orden de que no tardasen más de 5 días en regresar, porque eso los esperaríamos; y tomaron su camino por tierra, y nosotros hacia las naves a esperarlos. Casi todos los días venían gentes a la playa, pero nunca nos quisieron hablar. El séptimo día fuimos a tierra y encontramos que habían traído con ellos a sus mujeres, y así como saltamos a tierra, los hombres de la tierra mandaron a muchas de sus mujeres a hablar con nosotros; y viendo que no tenían confianza, acordamos mandarles a uno de nuestros hombres, que era un joven muy esforzado, y nosotros para ampa-

rarlo entramos en los bateles y él se fue hacia las mujeres. Cuando llegó junto a ellas le hicieron un gran círculo alrededor, y tocándolo y mirándolo, se maravillaban. Y estando en esto vimos venir una mujer del monte que traía un gran palo en la mano; y cuando llegó donde estaba nuestro cristiano, se le acercó por detrás y, alzando el garrote, le dio tan gran golpe que lo tendió muerto en tierra. En un instante las otras mujeres lo cogieron por los pies, y lo arrastraron así hacia el monte; los hombres corrieron hacia la playa con sus arcos y sus flechas a asaetearnos, e infundieron tanto miedo a la gente nuestra que estaba en tierra, surta con los bateles sobre las anclas, que ninguno acertaba a tomar las armas. Sin embargo, les disparamos cuatro tiros de bombarda que no acertaron, salvo que, oído el estampido, todos huyeron hacia el monte, donde ya estaban las mujeres despedazando al cristiano, y en un gran fuego que habían hecho, lo estaban asando a nuestra vista, mostrándonos muchos pedazos y comiéndoselos. Los hombres nos hacían señas con sus gestos, de cómo habían muerto a los otros dos cristianos y se los habían comido; lo que nos pesó mucho, viendo con nuestros ojos la crueldad que tenían para con el muerto, cosa que fue para todos una injuria intolerable; y teniendo el propósito, más de 40 de nosotros de saltar a tierra y vengar muerte tan cruel y acto bestial e inhumano, el capitán mayor no quiso consentirlo, y se quedaron ufanos de tanta afrenta. Nos alejamos de ellos de mala gana, y con mucha vergüenza a causa de nuestro capitán.

Partimos de este lugar y comenzamos nuestra navegación entre levante y siroco, que así se seguía la tierra, e hicimos muchas escalas, pero jamás encontramos gentes que quisieran tratar con nosotros. Así navegamos tanto que encontramos que la costa daba vuelta hacia el lebeche, y doblando un cabo al que pusimos por nombre Cabo de San Agustín, comenzamos a navegar hacia el lebeche. Dista este cabo de la tierra antes mencionada, donde vimos que mataron a los cristianos, 150 leguas hacia levante, y está este cabo 8 grados fuera de la línea equinoccial, hacia el austro; y navegando vimos un día mucha gente que estaba en la playa para ver la maravilla de nuestras naves y cómo navegábamos. Fuimos hacia ellos y surgimos en un buen lugar, y fuimos con los bateles a tierra, y encontramos que la gente era de mejor condición que la anterior, aunque nos costó trabajo domesticarlos; logramos hacerlos amigos y tratamos con ellos. Estuvimos en este lugar 5 días, y aquí encontramos cañafístula muy grande, verde y seca, [que excedía] las cimas de los árboles. Decidimos llevar de este lugar un par de hombres para que nos enseñasen la lengua; y se ofrecieron tres, por su voluntad, para venir a Portugal. Y con esto, cansado ya de tanto escribir, sabrá Vuestra Magnificencia que partimos de este puerto, navegando siempre por el lebeche a vista de tierra, haciendo continuamente muchas escalas y hablando con infinidad de gente. Tanto navegamos hacia el austro que ya estábamos fuera del trópico de Capricornio, donde el polo del mediodía se alzaba sobre el horizonte 32 grados[1] y la habíamos perdido completamente la OSA Menor, y la Mayor estaba muy baja, y apenas aparecía en la línea del horizonte. Nos regíamos por las estrellas del polo meridional, las cuales son mucho más grandes y más brillantes que las de nuestro polo, y de la mayor parte de ellas tracé sus figuras y especialmente de las principales y de mayor magnitud, con la descripción de las órbitas que hacen alrededor del polo del austro y con la declaración de sus diámetros y semidiámetros, como se podrá ver en mis "Cuatro jornadas". Recorrimos al pie de 750 leguas de esta costa; 150 desde el dicho Cabo de San Agustín

1 Léase 23 grados. (*N. del E.*).

hacia el poniente, y 600 hacia el lebeche; y si quisiera contar las cosas que en esta costa vi, y lo que pasamos, no me bastarían otros tantos folios. Y en esta costa no vimos cosa de provecho, excepto innumerables árboles de brasil y de casia y de los que producen la mirra y otras maravillas de la naturaleza que no se pueden referir.

Habiendo estado ya en el viaje diez meses, y visto que en esta tierra no encontrábamos ninguna mina, acordamos despedirnos de ella e ir a explorar el mar por otra parte. Hecho nuestro consejo se resolvió que se siguiese aquella navegación que me pareciera bien, y fue puesto en mí todo el mando de la flota. Entonces mandé que toda la gente y la flota se proveyesen de agua y leña para 6 meses, pues ese tiempo estimaron los oficiales de las naves que podríamos navegar en ellas. Hecho nuestro aprovisionamiento en esta tierra, comenzamos nuestra navegación por el viento siroco, y fue a 15 días de febrero, cuando el sol estaba buscando el equinoccio y volvía a nuestro hemisferio del septentrión; y tanto navegamos por ese viento, que nos encontramos tan altos que el polo del mediodía se elevaba fuera de nuestro horizonte 52 grados y no veíamos las estrellas de la Osa Menor ni de la Mayor, estando alejados del puerto de donde partimos unas 500 leguas por el siroco. Esto fue a 3 días de abril. En este día se levantó en el mar una tormenta tan recia que nos hizo amainar del todo nuestras velas, y corrimos a palo seco, con mucho viento, que era el lebeche, con olas grandísimas y el aire tormentoso; y era tanta la tempestad que toda la flota estaba con gran temor. Las noches eran muy largas, que tuvimos una, la del siete de abril, que fue de 15 horas, porque el sol se encontraba al final de Aries, y en esta región era invierno como puede calcular V. M. En medio de esta tormenta avistamos el día siete de abril una nueva tierra, de la cual recorrimos cerca de 20 leguas, encontrando la costa brava; y no vimos en ella puerto alguno, ni gente, creo porque era el frío tan intenso que ninguno de la flota se podía remediar soportarlo. De modo que viéndonos en tanto peligro y con tal tormenta, que apenas podíamos ver una nave a la otra por las grandes olas que se levantaban y por la gran cerrazón, acordamos con el capitán mayor hacer señales a la flota de que se reuniese, y dejar la tierra retornando al camino de Portugal. Y fue muy buena decisión, porque si demoramos aquella noche, de seguro nos perdíamos todos; pues en cuanto viramos, y la noche y el día siguiente, arreció tanto la tormenta que temimos perdernos, y tuvimos que hacer [votos] de peregrinos y otras ceremonias, como es uso de marineros en tales ocasiones.

Corrimos 5 días y aún no habíamos alcanzado la línea equinoccial, con aire y mares atemperados; y plugo a Dios librarnos de tan gran peligro. Nuestra navegación se realizaba por el rumbo entre tramontana y greco, porque nuestra intención era ir a reconocer la costa de Etiopía, que estábamos lejos de ella 300 leguas por el golfo del mar Atlántico. Con la gracia de Dios, llegamos el día 10 de mayo a una tierra hacia el austro que se llama Sierra Leona, donde estuvimos 15 días reabasteciéndonos; de allí partimos con rumbo a las islas de los Azores, que distan del sitio de dicha Sierra cerca de 750 leguas. Arribamos a las islas a fines de julio, y allí estuvimos otros 15 días tomando alguna recreación; y partimos de ellas para Lisboa, de la que estábamos 300 leguas hacia el occidente. Y entramos en este puerto de Lisboa a 7 días de septiembre de 1502, sanos y salvos, loado sea Dios, y con sólo dos naves, pues la otra la incendiamos en Sierra Leona porque no podía navegar más. Empleamos en este viaje cerca de 15 meses, y durante 11 días navegamos sin ver la estrella tramontana o la Osa Mayor y Menor, que

se llaman el Cuerno, rigiéndonos por las estrellas del otro polo. Esto es lo que vi en este viaje o jornada.

CUARTO VIAJE

Me queda por decir las cosas vistas por mí en el cuarto viaje o jornada; y por estar ya cansado, y también porque este cuarto viaje no se completó según el propósito que yo llevaba, por una desgracia que nos ocurrió en el golfo del mar Atlántico, como por lo que sigue brevemente sabrá V. M. me ingeniaré para ser breve. Partimos de este puerto de Lisboa 6 naves en conserva con propósito de ir a descubrir una isla hacia el oriente que se llama Melaccha, de la cual se tiene noticia de que es muy rica, y que es como el almacén de todas las naves que vienen del mar Gangético y del mar Indico, como es Cádiz el lugar de reunión de todos los navíos que pasan de levante a poniente, y de poniente a levante por la vía de Calicut; que esta Melaccha está más al occidente que Calicut, y mucho más hacia la parte del mediodía; porque sabemos que está en una paraje a 33 grados del polo antártico.

Partimos a 10 días de mayo de 1503, y fuimos derecho a la isla del Cabo Verde, donde carenamos [nuestras naves] y nos abastecimos nuevamente, estando allí 13 días. De aquí partimos a nuestro viaje, navegando por el viento siroco; y como nuestro capitán mayor fuese hombre presuntuoso y muy tozudo, quiso ir a reconocer la Sierra Leona, tierra de Etiopía austral, sin tener ninguna necesidad, sino por hacer ver que era capitán de seis naves, contra la voluntad de todos nosotros, los otros capitanes. Y así navegando, cuando estuvimos en la dicha tierra, fueron tantas las turbonadas, que nos alcanzaron, y con ellas el tiempo contrario que, estando a la vista de ella durante 4 días, nunca nos dejó el mal tiempo desembarcar; de modo que fuimos forzados a volver a nuestro verdadero rumbo y dejar la dicha Sierra, navegando desde aquí al sudoeste, que es viento entre mediodía y lebeche. Y cuando hubimos navegado sin dificultad cerca de 300 leguas por el inmenso mar, estando ya fuera de la línea equinoccial hacia el austro cerca de 3 grados, se nos apareció una tierra, de la que podíamos distar 22 millas, de lo que nos maravillamos. Encontramos que era una isla en el medio del mar, y era cosa muy excelente, verdadera maravilla de la naturaleza, porque no tenía más que dos leguas de largo y una de ancho; isla que nunca estuvo habitada por gente alguna; y fue isla desdichada para toda la flota, porque sabrá V. M. que por mal consejo y dirección de nuestro capitán mayor, perdió aquí su nave, pues dio con ella en un escollo y se desbarató la noche de San Lorenzo, que es el 10 de agosto; y se fue al fondo, y no se salvó de ella cosa alguna, salvo la gente. Era nave de 300 toneles, en la cual estaba lo más importante de la flota; y como toda la flota trabajase en remediarla, el capitán me mandó que fuese con mi nave a la dicha isla a buscar un buen surgidero, donde pudiesen anclar todas las naves; y como mi batel equipado con 9 marineros míos estuviese en servicio y ayudando a ligar las naves, no quiso que lo llevase, y que me fuese sin él, diciéndome que me lo llevaría a la isla. Me separé de la flota como me mandó, para la isla sin batel, y con menos de la mitad de mis marineros, y fuí a la dicha isla, distante cerca de 4 leguas; en la cual encontré un puerto buenísimo, donde muy seguramente podían surgir todas las naves; allí esperé a mi capitán y a la flota durante 8 días, y jamás vinieron; de modo que estábamos muy digustados, y la gente que me quedaba en la nave estaba con tanto miedo, que no la podía consolar. Estando así, al octavo día vimos venir una nave por el mar, y de

miedo que no nos viese, salimos con nuestra nave y fuimos hacia ella, pensando que me traía mi batel y gente; y cuando emparejamos con ella, después de habernos saludado nos dijeron que la capitana se había ido al fondo, y que la gente se había salvado, y que mi batel y gente quedaban con la flota, la cual se había ido por aquel mar adelante, lo que nos causó tan gran tormento como puede imaginarse V. M., por encontrarnos a 100 leguas de distancia de Lisboa y en el golfo, y con poca gente; con todo, afrontamos a la fortuna, y fuimos todavía adelante. Volvimos a la isla y nos abastecimos de agua y de leña con el batel de mi conserva; la cual isla encontramos despoblada, y tenía mucha agua viva y dulce, infinidad de árboles, llena de tantos pájaros marinos y terrestres, que eran innumerables; y eran tan mansos que se dejaban coger con la mano; y tantos cogimos que cargamos un batel de esos animales. No vimos ningún [otro animal], salvo topos muy grandes y lagartos con dos colas, y alguna serpiente. Hecha nuestra provisión partimos por el rumbo entre mediodía y lebeche, porque teníamos una orden del Rey mandándonos que cualquiera de las naves que se perdiese de la flota, o de su capitán, fuese a la tierra que el viaje pasado descubrimos en un puerto que le pusimos por nombre Bahía de Todos los Santos; y plugo a Dios darnos tan buen tiempo que en 17 días fuimos a tomar tierra en él, que distaba de la isla cerca de 300 leguas; donde no encontramos ni a nuestro capitán, ni ninguna otra nave de la flota. En dicho puerto esperamos durante dos meses y 4 días; y visto que no llegaba seña alguna, acordamos la conserva y yo recorrer la costa; y navegamos más adelante 260 leguas, tanto que llegamos a un puerto donde acordamos hacer una fortaleza, y la hicimos, dejando en ella 24 cristianos que tenía mi conserva, recogidos de la nave capitana que se había perdido. Estuvimos en aquel puerto cerca de 5 meses haciendo la fortaleza y cargando nuestras naves de brasil; porque no podíamos ir más adelante a causa de que no teníamos gente y me faltaban muchos aparejos. Hecho todo esto, acordamos volvernos a Portugal, que estaba por el viento entre greco y tramontana. Y dejamos a los 24 hombres que quedaron en la fortaleza con mantenimiento para seis meses, y 12 bombardas y muchas otras armas, y pacificamos toda la gente de tierra; de la que no se ha hecho mención en este viaje, no porque no viésemos y platicásemos con infinidad de gente de ella, porque fuimos tierra adentro unos 30 hombres, 40 leguas; donde vi tantas cosas que dejo de decirlas, reservándolas para mis "Cuatro jornadas". Esta tierra está 18 grados fuera de la línea equinoccial hacia la parte del austro, y 37 grados fuera de la posición de Lisboa, más al occidente, según lo mostraban nuestros instrumentos.

Y hecho todo esto, nos despedimos de los cristianos y de la tierra, y comenzamos nuestra navegación hacia el nordeste, que es viento entre tramontana y greco, con propósito de ir directamente con nuestra navegación a esta ciudad de Lisboa; y en 77 días, después de tantos trabajos y peligros entramos en este puerto a 18 días de junio de 1504. Dios sea alabado: donde fuimos muy bien recibidos, fuera de toda creencia, pues toda la ciudad nos daba por perdidos, porque todas las otras naves de la flota se perdieron por la soberbia y locura de nuestro capitán, que así paga Dios la soberbia. Al presente me encuentro aquí en Lisboa, y no sé que querrá hacer de mi el Rey, que mucho deseo reposar. El presente portador que es Benvenuto de Domenico Benvenuti, dirá a V. M. cómo estoy, y algunas cosas que se han dejado de decir por prolijidad; porque las ha visto y oído. Dios sea con él. Yo he ido ciñendo la carta cuanto he podido, y he dejado de decir muchas

cosas naturales para excusar prolijidad. V. M. me perdone, y le suplico me tenga en el número de sus servidores. Os recomiendo a mi hermano Antonio Vespucio y a toda mi casa. Quedo rogando a Dios, que os acreciente los días de la vida, y que eleve el estado de esa excelsa República, y el honor de V. M., etc. Dada en Lisboa a 4 días de septiembre de 1504.

Servidor
AMÉRICO VESPUCIO, en Lisboa.

Pero Lopes de Sousa

Diario de Navegación (1531)



Viernes 13 de dicho mes (octubre): por la mañana se hizo el viento sudoeste y nos venía por encima de una punta *(cabo Polonio)* que nos demoraba al sudsudoeste y ventó con tanta fuerza que la nave perdió el cable y rompió la amarra. Toda esta noche estuvimos con mucha tormenta.

Sábado: al cuarto de alba calmó el viento y fui a tierra firme pues nos hacían muchos humos. La tierra es muy hermosa, con muchos arroyos y muchas hierbas y flores como las de Portugal. Hallamos dos onzas muy grandes *(jaguares)* y regresamos a las naos sin ver gente. Al medio día se hizo el viento nordeste y con él nos hicimos a la vela. A estas islas, les puse el nombre de Onzas y tomé el sol en ellas en 34 grados y medio; y doblando la punta que me demoraba al sudsudoeste, corre la costa al oesudoeste hasta el cabo Santa María *(Punta del Este)* que está en altura de 34 grados y 3 cuartos y al cuarto de prima calmó el viento.

Domingo 15 de octubre: por la mañana se hizo el viento nordeste; y con él hacia el camino a longo de costa, sondando siempre. Gobernando dos ampolletas al oessudoeste hallaba 20 brazas; gober-

nando otras dos ampolletas al oeste cuarta al sudoeste daba en fondo de 25 brazas; de manera que hallaba más fondo del lado de tierra que del lado del mar.

Al ponerse el sol llegamos al cabo de Santa María *(Punta del Este)* y surgimos en fondo de 8 brazas en la banda oeste de dicho cabo.

Lunes: por la mañana mandó mi hermano el Capitán al piloto mayor que fuese a ver si entre una isla, que está junto al cabo, *(Isla Gorriti)* y tierra había buen fondeadero; al medio día regresó Vicente Lourenço y dijo que el puerto era bueno, salvo que con los vientos oessudoeste y S. S. W. era desabrigado y que hacia el rumbo S. S. E. tenía bajos en el mar; por la tarde fuimos a surgir entre la isla y tierra en fondo de seis brazas y media con pleamar. Aquí, en esta isla, tomamos agua y leña y fuimos con los bateles *(botes)* a hacer pesquería: y en un día matamos dieciocho mil peces entre corvinas, pescadas y anchoas; pescábamos en fondo de ocho brazas; lanzábamos los anzuelos al agua y no había que esperar para recoger los peces. En esta isla estuvimos ocho días esperando a un bergantín que perdió nuestra conserva; como no vino mandó mi hermano el Capitán poner una cruz en la isla y en ella atada una carta envuelta en cera en la que decía al capitán del bergantín lo que, una vez llegado allí, debía hacer.

Domingo 21 de octubre: por la mañana partimos de esta isla. Con el viento nordeste hacia el camino a longo de costa, que corre al oeste; a media legua de tierra iba siempre en fondo de 9 a 10 brazas. A tres leguas de la isla el viento se nos hizo noroeste; a la tarde nos dio una turbonada con mucha agua y sin ningún viento; surgimos en fondo de 15 brazas, de lama blanda. Al cuarto de prima nos dio un golpe de viento del sudsudoeste y súbitamente saltó el sur con mucha tempestad. La nao capitana se hizo a la vela y nos hizo señal; por ser el viento y la mar muy grandes no me atreví a hacerme a la mar, ni a doblar una punta que me demoraba al este cuarta al sudeste; mandé hacer un ayuste de 120 brazas y con él garreaba *(navegaba a la deriva)* como si no llevara ancla por ser el fondo de lama muy blanda. La tormenta era tremenda, de viento y mar y cada golpe de éste se metía en los castillos de la nao. Mandé hacer otro ayuste y con el ancla de forma lo lanzamos al mar; estando con esta fortuna mandé cortar todos los castillos y dejar todo raso y mandé cortar el cabo del batel que teníamos a popa. Así estuvimos con esta tormenta de mar en que cada ola venía a romper en el combés.

Lunes 22 de octubre: al cuarto del alba rompióse el ayuste del ancla de forma y torné otra vez a garrear como antes. Al amanecer me hallé a una legua de tierra y había garreado tres; el galeón San Vicente estaba más cerca de tierra que yo: por su popa reventaban unos bajos y a cada ola el mar parecía más alto que la gavia. Por garrear tanto determiné hacerme a la vela y contra razón de marinería levamos la amarra con mucho trabajo y me hice a la vela con rumbo oeste; y como vi que no alcanzaría a doblar los bajos en que reventaba el mar, viré al este para ir a varar en una playa que nos demoraba al nordeste cuarta al este por parecernos que allí no había bajos. Yendo así pusimos proa a la punta *(Punta Negra)* que me demoraba al lessueste; por parecerme que la podía doblar, mandé dar la vela de gavia de trinquete, metiendo la nao hasta la mitad del combés debajo del agua; al soltar la vela el trinquete se quebró en dos pedazos; estaba ya tan cerca de la punta que a unos les parecía que la podíamos doblar y otros nos gritaban

que arribásemos: era tan grande la confusión en la nao que no nos entendíamos; mandé meter a toda la gente bajo cubierta y mandé al piloto tomar el timón; yo me fui a proa y determiné probar fortuna y ver si podía doblar la punta; pues si no la doblaba no había en qué varar, salvo en roca viva, donde no había salvación. Así hicimos y plugo a Nuestra Señora y a su Bendito Hijo que la doblásemos; estuve tan cerca de la punta que el mar que reventaba en la costa volvía con la resaca a dar en la nao y nos lanzó afuera. En cuanto doblé la punta pusimos proa al este cuarta al nordeste; y por la tarde fui a fondear en la isla del cabo *(Isla Gorriti)*. Nos entró tanta agua al doblar la punta que al llegar a esta isla traíamos seis palmos de agua debajo de cubierta. En cuanto surgí se hizo el viento sudoeste. Al cuarto de prima vino el galeón San Vicente a unirse conmigo; le pregunté si traía batel y me dijo que lo había perdido; que no traía más que un ancla pues había perdido tres; pasó por arriba del arrecife que estaba en la tierra donde nos hallábamos fondeados y allí se sostuvo durante el temporal hasta la noche en que sopló viento sudoeste. El piloto me dijo que había visto a la nao capitana sin mástiles, muy cerca de tierra y que desde la cofa no pudo divisar si estaba en seco o sobre anclas.

Martes 23 de octubre: al cuarto del alba vino la carabela a unirse conmigo sin cables ni anclas y con el batel perdido; me dijo el piloto que pasaron el temporal detrás de una punta donde arribaron milagrosamente; y que no habían visto a la nao capitana desde el día antes, al hacerse a la vela. En cuanto a mí, no sabía qué hacer; para hacerme a la vela no tenía cables, ni batel, ni anclas. Determiné mandar por tierra a treinta hombres; para eso mandé a dos, a nado, con un cabo y que lo diesen a la carabela para que virase por mi popa.

Miércoles 24 de octubre: por haber marejada no pudo la carabela arrimarse a la nao. Este día comencé a hacer dentro de la nao un batel con duelas.

Jueves 25 de dicho mes: por la mañana metí en la carabela 30 hombres —los que mejor sabían nadar— y las armas metidas en una pipa honda, para que no se mojaran; y dos barriles de mantenimientos para ocho días; y mandé a la carabela que fuese a tierra y que fondease en cuanto estuviese a punto de varar; y que desde allí fuesen a tierra en las jangadas que llevaban de los cuarteles de la nao francesa. Al mediodía todos estaban en tierra después de pasar bastantes trabajos; acudió mucha gente de la misma tierra y se quedaban lejos, sin querer acercarse; hasta que dos hombres de los nuestros fueron hacia ellos; inmediatamente se aproximaron y abrazaron a todos con grandes llantos y cantigas muy tristes; después de despedirse de ellos, los nuestros siguieron su camino por la playa. Habiendo andado media legua me hicieron un humo y vi un bulto que me pareció ser un batel de los que habíamos perdido.

Viernes 26 de octubre: hice una jangada en la que envié el hierro y la forja a la isla para hacer clavos para el batel de duelas que estaba haciendo dentro de la nao. Desde el mediodía ventó mucho viento sudoeste. Y eran tantos los humos, por la tierra adentro, que impedían ver el sol.

Sábado 27 del dicho mes: mandé al maestre con 5 hombres en un cuartel de la nao, para que fuesen a tierra a ver si estaba el batel donde la gente nos hizo el humo; y por la tarde regresó

con el batel de la carabela, que venía muy destrozado; me dijo que en tierra había mucha agua y buena; después mandé reparar el batel en la isla.

Domingo 28 de dicho mes: en cuanto estuvo reparado el batel de la carabela, mandé pasar a la isla al otro que tenía empezado. Este día vino a la playa mucha gente del país; enviéles el batel y le dieron mucho pescado y tasajos de venado.

Viernes 2 de noviembre: vino la gente que había mandado en busca de Martín Alfonso y me dijeron que la nao capitana había dado sobre la costa *(en la playa Bella Vista)* por falta de amarras; que Martín Alfonso con toda la gente se salvaron a nado; solamente murieron 7 personas; 6 ahogadas y uno murió de pasmo; que el bergantín dio también sobre la costa pero que no se hizo daño y que el batel del galeón y de la capitana estaban sanos; que en la playa hallaron un bergantín de tablazón de cedro muy bien hecho *(probablemente procedente de la expedición de Gaboto)* que Martín Alfonso retuvo para mandarlo en compañía del batel grande y del otro bergantín por el río adentro; y que Martín Alfonso me mandaba decir que con la gente que las naos no necesitasen fuese, en la carabela, hasta donde él estaba.

Lunes 5 de dicho mes: partí en la carabela con viento lesnordeste y una hora antes de ponerse el sol surgí donde la nao capitana estaba varada; apenas fondeé se hizo el viento sudeste. Mandé el batel a tierra para hacer saber a Martín Alfonso que habíamos llegado. Aumentó tanto el viento que antes de que el batel viniese, me hice a la vela con rumbo sursudoeste; el sol se había puesto cuando dimos en un bajo donde estuvimos a punto de perdernos. Así estuvimos con mar gruesa y viento navegando hasta la media noche, en que el viento calmó.

Martes 6 de dicho mes: por la mañana se hizo el viento sudoeste y con él me hice a la vela rumbo lessueste; por la tarde surgí frente a la nao capitana; mi hermano el capitán mandó los bateles para recoger a la gente y a mí y mandó que la carabela fuese a una isla que estaba a cuatro leguas al oeste *(el islote Las Toscas)* y allí esperase órdenes suyas. Mientras estuvimos aquí, sacamos con mucho trabajo la artillería y el hierro de la nao capitana. Estando aquí tomó mi hermano el Capitán consejo con los pilotos, maestre y con todos los que eran entendidos; y todos acordaron y firmaron que no debía ir por el río Santa María arriba *(Río de la Plata)* por muchas razones; una era por no tener mantenimientos pues todos se habían perdido al naufragar la capitana; otra era que las dos naos que quedaban estaban tan desgastadas que no se podrían sostener más de tres meses; y la tercera, que el río parecía innavegable por los grandes temporales que había en pleno verano; por estas razones y otras muchas que dieron, hicieron que mi hermano el capitán desistiese del viaje; y me mandó en un bergantín con 30 hombres a poner unos padrones y tomar posesión de dicho río por el Rey nuestro señor; y que tratase de retornar dentro de 20 días porque el puerto donde las naos estaban, era muy desabrigado.

Sábado 23 de noviembre de 1531: estando el sol en 11 grados y 35 minutos de Sagitario y la luna en 27 grados de Taurus, partí del río de los begoais *(arroyo Solís Grande)* que se halla a 11 leguas al oeste del cabo de Santa María *(Punta del Este);* llevaba un bergantín con 30 hombres y todo iba bien dispuesto en orden de guerra; hice mi camino a lo largo de la costa que corre al oeste.

A dos leguas de donde partí hay una isla pequeña, toda de piedra *(islote Las Toscas);* de ella a tierra firme hay una legua; la isla tiene alrededor buen fondeadero con fondo de cinco brazas de lodo blando. Yendo así, pegado a la costa, que es toda limpia, con 5 y 6 brazas de profundidad, al medio día tuve vista de una isla al sursudoeste *(isla de Flores);* hay tres leguas de ella a tierra; por la parte del Este tiene una restinga larga, de arena dirigida al Nordeste. Pasando adelante de la isla descubrí un alto monte al que puse nombre —monte de San Pedro *(cerro de Montevideo)*— y me demoraba al oeste cuarta al noroeste. Este día fui a dormir al pie de dicho monte de San Pedro. Desde la isla citada atrás hasta este monte, la costa es sucia, con piedras y bajos peligrosos, Hasta este monte la tierra es toda rasa y muy hermosa. Al pie de este monte hay dos pequeños puertos: uno al oeste *(cala de Punta Yeguas)* y el otro al este *(bahía de Montevideo);* no son más que para navíos pequeños.

Domingo 24 de dicho mes: poco antes de amanecer me hice a la vela con viento nornordeste. Desde este monte de San Pedro comienza la costa a dirigirse al oesnoroeste; yendo en el interior de una ensenada, cuya boca se abre cuando dicho monte de San Pedro demora al este cuarta al sudeste, fui a dar fondo de 2 brazas y media, a una legua de tierra *(boca del Santa Lucía)*; calmó el viento que llevaba y vino una turbonada del sur con mucho viento; puse rumbo hacia el monte de San Pedro para meterme en el puerto donde estuve por la noche. El viento roló después al sudeste y volví a navegar al oeste para seguir mi viaje. Aquí comencé a hallar agua dulce y mucho pescado muerto. La punta situada al oeste de esta ensenada lanza una restinga que se mete una legua en el mar *(punta Tigre);* lo más bajo de ella es braza y media y lo más profundo, 4 brazas. Apenas pasé la restinga calmó el viento y fucilaba mucho al sudoeste y al noroeste que en esta costa son señales seguras de grandes temporales; con este recelo me acerqué a tierra para ver si hallaba puerto donde meterme. Iba junto a tierra cuando volvió a ventar nordeste y seguí a lo largo de la costa que corre al oesnoroeste, con fondo de 4 y 5 brazas de arena limpia. Yendo siempre a un tiro de ballesta de tierra volvió a calmar el viento; era muy tarde y los indicios de temporal aumentaban; determiné varar el bergantín en tierra y pasar en ella la noche; mandé varar en una playa, desembarcar toda la carga y efectos y hacer un refugio en tierra. Pusimos la artillería en orden y fui con 10 hombres por tierra a ver si hallaba rastro de gente; no hallé nada, salvo rastros de muchas alimañas, muchas perdices y codornices y mucha otra caza. Es la tierra más hermosa y apacible que vi; nadie se cansaba de mirar los campos y la hermosura de ellos. Aquí hallé un río grande, todo arbolado a lo largo de él y el más hermoso que vi; un tiro de ballesta antes de llegar al mar desaparecía *(arroyo San Gregorio).* Tomamos mucha caza y regresamos al bergantín. Al ponerse el sol vino una turbonada del noroeste con tanta fuerza de viento y piedra que no había quien pudiese mantenerse en pie; y de repente saltó al sudoeste con mucha lluvia y relámpagos. Temí perder el bergantín según estaba el mar de bravo. Toda la noche duró el temporal y nadie recordaba haber pasado otro igual. El agua de lluvia me mojó todo el mantenimiento que ya no sirvió.

Lunes 25 de dicho mes: por la mañana el viento limpió las nubes y salió el sol que nos secó. De aquí estuve a punto de regresar por falta de alimentos; después me pareció que podíamos

mantenernos con los alimentos que había en tierra y con pescado, el más hermoso que he probado. Aquí ya toda el agua era dulce, pero el mar era tan grande que no parecía que fuera río; en tierra había muchos venados y caza, que tomábamos, y huevos de avestruz y avestruces pequeñitos que eran muy sabrosos; en la tierra hay mucha miel y muy buena; hallábamos tanta que no la queríamos; hay cardos que es muy buen mantenimiento y gustaban a la gente. Y pareciéndonos a todos que nos podíamos mantener, determiné seguir adelante. El viento era sudeste; el tiempo bueno y de noche había luna. Partí muy tarde —teníamos dos horas de sol— con intención de andar toda la noche; íbamos paralelos a la costa en fondo de 6 brazas de arena limpia. Estaba a dos leguas de donde partí, cuando salieron de tierra hacia mí, 4 almadías con mucha gente *(probablemente una de las tribus charrúas);* puse a la capa el bergantín para esperarlas; remaban tanto que parecía que volaban. Se reunieron pronto conmigo: traían arcos, flechas y azagayas de palo tostado; ellos venían con muchos penachos y pintados de mil colores; se aproximaban sin mostrar miedo y con mucho placer nos abrazaban a todos; no entendíamos su habla que no era como la del Brasil; hablaban guturalmente, como moros; sus almadías tenían 10 a 12 brazas de largo y media braza de ancho, hechas de madera de cedro muy bien trabajada: remaban con unas palas muy largas que en su extremo tenían penachos y borlas de plumas; en cada almadía remaban 40 hombres de pie; no fui a sus tiendas, que se veían en una playa frente a la cual estaba, porque faltaba poco para anochecer; se veían otras almadías varadas en tierra; me hacían señas para que fuese allá donde me darían mucha caza; y cuando vieron que no quería ir mandaron una almadía por pescado; fue y vino en tan breve tiempo que quedamos espantados; nos dieron mucho pescado; yo les mandé dar muchos cascabeles, cristales y cuentas; quedaron tan contentos y mostraban tanto placer que parecían locos; y así me despedí de ellos. Casi anochecido empezó a soplar, del lado de tierra, viento nornordeste y con él seguía mi camino a lo largo de la costa con fondo de 5 a 6 brazas; después de media noche empecé a hallar bajos de piedra y me alejé más de tierra; arrié la boneta y fui con poca vela y con la sonda en la mano.

Martes 26 de noviembre: por la mañana me hallé junto a una punta *(punta de la Colonia)* y traté de doblarla; la costa volvía al noroeste y luego al norte; ventaba tanto viento noroeste que estuvimos a punto de zozobrar. Mandé amainar la vela y surgí en la punta del lado este, al abrigo del viento; salí a tierra a ver si podíamos cobrar alguna caza. Desde unos grandes árboles a que me subí, para divisar la otra costa al noreste de la punta, vi muchas islas *(son siete: San Gabriel, las dos López, el Farallón y las tres de Hornos)* todas cubiertas de árboles, a una legua de tierra; y desde aquí parecía que había abrigo entre ellas. Y así me volví al bergantín con mucha caza y miel. Por la tarde calmó el viento; mandé armar los remos y fui a las islas; las recorrí todas pero no hallé puerto ni abrigo en que meterme; en la más pequeña encontré reparo *(la central de las tres Hornos)* aunque era desabrigada del viento sudeste. Aquí estuve toda la noche pescando.

Miércoles 27 de noviembre: mandé colocar la pavesada del bergantín y poner la artillería a punto e ir prontos para pelear porque veíamos muchos humos en tierra, que es señal de reunión de gente. A mediodía partí de estas islas, que son siete, todas llenas de árboles: tres son grandes y cuatro, pequeñas. Con viento lesnor-

deste seguía mi camino a lo largo de la costa que corre al noroeste cuarta al norte. A dos leguas de las siete islas hay un río *(río San Juan)* que trae mucha agua; quise entrar en él y la boca tenía muchos bajos; seguí a lo largo de la costa cuyo fondo es de 7 y 8 brazas; la tierra es llana y cuanto más avante iba mejor era; al ponerse el sol fondeé junto a una isla grande, redonda, llena de árboles, a la que puse el nombre de Santa Ana *(isla de Martín García)*. Aquí estuve toda la noche pescando; saqué mucho pescado y ninguno era como los de Portugal; había peces de la altura de un hombre, amarillos *(¿surubí?)* y otros negros con pintas rojas, los más sabrosos del mundo.

Jueves 28 de noviembre: bajé a tierra; en esta isla hallé muchas aves, las más hermosas que he visto. Aquí vi halcones como los de Portugal. El viento saltó al sur y me puse al norte de la isla; estuve fondeado con mucha tempestad; de no estar al abrigo nos hubiéramos perdido.

Viernes 29 de noviembre: por la mañana abonanzó el tiempo y fui a la isla; mandé encender fuego en tres partes para ver si acudía gente; vimos humos en dirección oessudoeste y no veíamos tierra; mandé subir a dos hombres a unos árboles grandes que había en la isla para ver si divisaban tierra, donde nos hacían humos y vieron tierra arbolada y al parecer anegadiza *(las islas del delta del Paraná)*.

[El barquichuelo de Pero Lopes de Sousa remonta el Paraná unas cincuenta leguas, hasta el hermoso estero donde encuentra a los "carandines" *(querandíes)*. Luego regresa por la misma derrota, tocando nuevos puntos y repitiendo otros de la costa uruguaya].

Sábado 21 de diciembre: al salir el sol calmó el viento y salí del río al que puse el nombre de San Juan *(arroyo Cufré)*. Saltó el viento al oesnoroeste y me hice a la vela; a dos leguas de dicho río de San Juan hallé la gente con cuyas tiendas me topé a la ida; salieron seis almadías, todos sin armas y con mucho placer venían a abrazarnos; hacía mucho viento y mucha mar; y ellos me hacían señas para que entrase en un río que estaba junto a sus tiendas. Mandé un marinero a nado a ver si tenía buena entrada y vino diciendo que era muy estrecho y que dentro había poca seguridad pues la gente era mucha; que le parecía que eran unos 600 hombres; que lo que parecían tiendas o carpas eran cuatro esteras que formaban una casa cuadrada, descubiertas por arriba; ropa no les vio; tenían redes iguales a las nuestras. En vista de esto me despedí de ellos; les di mucha mercadería y ellos nos dieron mucho pescado; venían detrás de nosotros, unos a nado y otros en almadías; nadan más que delfines, pues avanzaban tanto como nosotros que íbamos con viento muy fresco a popa.

Estos hombres son todos grandes y robustos y parece que tienen mucha fuerza. Las mujeres son todas bien parecidas. Se cortan también los dedos como los del cabo de Santa María *(Punta del Este)* pero no son tan tristes. En cuanto me alejé de ellos mandé llenar las vasijas de agua dulce por que nos aproximábamos a la ensenada donde se junta el agua dulce con la salada. Yendo así divisamos el monte de San Pedro *(Montevideo)* y me sorprendió la noche a una legua de él .....

Lunes 23 de diciembre: salí fuera del estero; como ventaba

mucho viento sudeste me metí en un puerto situado al oeste del monte de San Pedro; este monte tiene un puerto al este y otro al oeste; aquí desembarqué y me adentré en tierra; maté muchos avestruces y venados y subí con toda la gente a la cumbre del monte de San Pedro, desde donde veíamos campos hasta donde alcanzaba la vista, tan llanos como la palma de la mano; y muchos ríos, arbolados a lo largo de ellos. No se puede describir la hermosura de esta tierra: son tantos los venados, gacelas, avestruces y otras alimañas del tamaño de potros recién nacidos y de su aspecto que el campo está todo cubierto de caza; nunca vi en Portugal tantas ovejas ni cabras como venados en esta tierra.....

Saltó el viento del lado del mar y me hice a la vela y casi de noche entré en el río de los Beguaes *(arroyo Solís Grande)*. No teníamos qué comer y hacía dos días que la gente no comía. Muchos hombres quedaron tan desfigurados del miedo que no se les podía reconocer. Toda la noche llovió y ventó con tantos relámpagos y truenos, que parecía que se hundía el mundo.

Jueves 26 de diciembre: por la mañana abonanzó el tiempo pero soplaba en sentido contrario a nuestro viaje; mandé un hombre por tierra a la isla de las Palmas *(isla Gorriti)*, donde Martín Alfonso estaba, a decirle que si el tiempo seguía malo nos mandase alimentos pues teníamos gran necesidad de ellos. Este día no comimos más que yerbas cocidas. Mientras andaba por tierra en busca de leña para calentarnos fuimos a dar a un campo con muchos palos clavados y redes, que hacía un cerco, el que me pareció a primera vista una trampa para cazar venados y después vi muchas cavidades oscuras que estaban dentro del cerco de las redes; vi entonces que eran sepulturas; todo cuanto el muerto tenía lo ponían sobre su tumba: las pieles con que andaban cubiertos, las mazas de palo *(macanas)* y azagayas de palo tostado, las redes de pescar y de cazar venados, todo estaba en torno de su sepultura. Hubiera querido mandar abrir las tumbas pero tuve miedo de que acudiese gente de la tierra y lo tuviesen a mal. Habría aquí unas treinta tumbas. Por no poder hallar otra leña mandé sacar todos los palos de las sepulturas y los mandé traer para hacer fuego y comer dos venados que matamos, con lo que la gente quedó muy consolada. La gente de esta tierra son hombres muy robustos y grandes; de rostro son muy feos; traen el cabello largo; algunos se horadan las narices y en los agujeros traen metidos unos pedazos de cobre muy brillante; todos andan cubiertos de pieles; duermen en el campo donde les anochece; no llevan consigo otra cosa que pieles y redes para cazar; usan como arma una pelota de piedra del tamaño de la bala de un falcón y de ella sale un cordel de una braza y media de largo y en el extremo lleva una borla grande de plumas de avestruz; y tiran con ella como con honda; traen unas azagayas hechas de palo y unas porras de palo de un codo de largo. No comen más que carne y pescado; son muy tristes y la mayor parte del tiempo lloran. Cuando muere alguno de ellos según el parentesco se cortan los dedos: por cada pariente una articulación: vi que muchos viejos no tenían más que el dedo pulgar. Su habla es gutural como la de los moros. Cuando nos venían a ver no traían ninguna mujer consigo; no vi más que una vieja que en cuanto se acercó a nosotros se echó al suelo de bruces y no levantó el rostro; con ninguna cosa nuestra se alegraban; les mostramos cuanto traíamos; no se espantaban ni tenían miedo de la artillería, pero suspiraban siempre y no daban más que muestras de tristeza: me parece que no se divertían más que con eso.

Colón, que descubre un continente, Vespucio, que le da nombre y Lopes de Sousa que recorre la costa uruguaya, son los sabrosos informantes de un mundo inédito que cuentan maravillados.

ENCICLOPEDIA URUGUAYA 3

Copyright Editorial ARCA S. R. L., Colonia 1263, Montevideo.
Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel) Junio de 1968.